

LA VIDA CENTRADA EN EL EVANGELIO

Robert H. Thune y Will Walker



www.newgrowthpress.com

La Vida Centrada en el Evangelio:

Copyright © 2009 por Serge.

Publicado 2011 New Growth Press, Greensboro, NC 27404

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida en cualquier forma por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o de lo contrario, sin la previa autorización del editor, excepto previstas por la ley de los derechos del autor en Estados Unidos.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de la SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®. Copyright © 1973, 1978, 1984 por la Sociedad Bíblica Internacional. Usado con el permiso de Zondervan. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas adicionales han sido tomadas de La Santa Biblia, Versión Inglés Estandar, copyright © 2001 por Crossway Bible, una división de Good News Publishers. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Equipo editorial: Susan Lutz, Patric Knaak, Barb Moseley

Diseño: Brett Westervelt

Tipografía: Lisa Parnell, lparnell.com

Diseño de Portada: Faceout Books, faceout.com

ISBN: 978-1-939946-78-2 (print)

ISBN: 978-1-939946-76-8 (eBook)

Printed in the United States of America

21 20 19 18 17 16 15 14 1 2 3 4 5

Contenido

Introducción	1
Perspectiva General del Evangelio	7
Lección 1: El Marco del Evangelio	13
<i>Artículo – El Marco del Evangelio</i>	14
<i>Suplemento – Seis Maneras de Minimizar el Pecado</i>	18
<i>Ejercicio – Juzgando a los Demás</i>	20
Lección 2: Aparentando y Cumpliendo	21
<i>Artículo – Reduciendo la Cruz: Aparentando y Cumpliendo</i>	22
<i>Ejercicio – Lo Bueno y lo Malo</i>	28
Lección 3: Creyendo en el Evangelio	31
<i>Artículo – Creyendo en el Evangelio</i>	32
<i>Ejercicio – Autoevaluación: Huérfanos vs. Hijos</i>	36
Lección 4: La Ley y el Evangelio	39
<i>Artículo – La Ley y el Evangelio</i>	40
<i>Ejercicio – El Marco del Evangelio y la Ley</i>	44
Lección 5: El Arrepentimiento	47
<i>Artículo – El Arrepentimiento, un Estilo de Vida</i>	48
<i>Ejercicio – Practicando el Arrepentimiento</i>	53

Lección 6: La Idolatría del Corazón	55
<i>Artículo – La Idolatría del Corazón</i>	56
Lección 7: La Misión	61
<i>Artículo – El Evangelio nos Impulsa hacia Afuera</i>	62
<i>Ejercicio – Llegando al Corazón de la Misión</i>	66
Lección 8: El Perdón	67
<i>Artículo – El Evangelio nos Da Poder para Perdonar</i>	68
<i>Ejercicio – Llegando al Corazón del Perdón</i>	72
Lección 9: El Conflicto	75
<i>Artículo – El Evangelio nos Ayuda a Luchar con Justicia</i>	76
<i>Ejercicio – La Resolución de Conflictos Centrada en el Evangelio</i>	80

Perspectiva General del Evangelio

El estudio que estás a punto de comenzar tiene como objetivo ayudarte a vivir una vida “centrada en el Evangelio”. La pregunta obvia es, ¿qué es exactamente “el Evangelio”? Hay que aclarar esta cuestión antes de proseguir. Aunque la gran mayoría de la gente está familiarizada con el término *Evangelio*, su contenido puede ser confuso para muchos.

Muchas “presentaciones del Evangelio” populares destilan el mensaje del Evangelio a tres o cuatro principios fundamentales. Estos resúmenes pueden ser de utilidad. Pero una forma más rica de entender el Evangelio es como una *historia* – la verdadera Historia que habla de nuestras más puras aspiraciones y de nuestros anhelos más profundos. Esta Gran Historia tiene cuatro capítulos:

CREACIÓN: EL MUNDO PARA EL QUE FUIMOS HECHOS

Esta Historia comienza, no con nosotros, sino con Dios. En el fondo, sabemos que esto es verdad. Sabemos que somos importantes – que hay algo dignificante, majestuoso y eterno acerca de la humanidad. Pero también sabemos que no somos supremos. Existe algo (o Alguien) mayor a nosotros.

La Biblia nos dice que este Alguien es el Dios infinito, eterno e inmutable que creó todas las cosas de la nada (Génesis 1:1-31). Este Dios existe en tres personas – el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo (Mateo 28:19). Puesto que Dios es trino en su ser, no fue motivado a crear el mundo porque *necesitaba* algo – ya sea una relación, adoración o gloria. Más bien, Él creó todo como un rebose de su perfección – su propio amor, bondad y gloria. Dios creó al ser humano a su imagen y semejanza (Génesis 1:27),

y esto es lo que nos da nuestra dignidad y valor. También nos ha hecho *humanos*; es decir, somos seres creados, dependientes de nuestro Creador. Fuimos hechos para adorarle, disfrutarle, amarle y servirle a Él, no a nosotros mismos.

En la creación original de Dios, todo era bueno. El mundo existía en perfecta paz, estabilidad, armonía y plenitud.

LA CAÍDA: LA CORRUPCIÓN DE TODO

Dios nos creó para adorarle, disfrutarle, amarle y servirle. Pero en lugar de vivir bajo la autoridad de Dios, la humanidad le dio la espalda a Dios en rebelión pecaminosa (Génesis 3:1-7; Isaías 53:6). Nuestra deserción sumió al mundo entero en la oscuridad y el caos del pecado. Aunque quedan vestigios de bondad, la integridad y armonía de la creación original de Dios se hicieron añicos.

Como resultado, todo ser humano es pecador por naturaleza y por elección propia (Efesios 2:1-3). Generalmente excusamos nuestro pecado reivindicando que “no somos tan malos” – después de todo, ¡siempre hay alguien peor que nosotros! Pero esta evasión no hace más que revelar nuestra visión frívola y superficial del pecado. El pecado no es fundamentalmente una *acción*; es una *predisposición*. Es la aversión de nuestro corazón hacia Dios. El pecado se manifiesta en nuestro orgullo, en nuestro egoísmo, en nuestra independencia, y en nuestra falta de amor por Dios y por otros. A veces el pecado se manifiesta de maneras evidentes y externas. Otras veces se oculta internamente. Pero “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

El pecado trae consigo dos drásticas consecuencias a nuestra vida. Primero, *el pecado nos esclaviza* (Romanos 6:17-18). Cuando nos alejamos de Dios, nos volvemos a otras cosas en donde tenemos esperanza de encontrar nuestra vida, nuestra identidad, nuestro significado y nuestra felicidad. Estas cosas se vuelven nuestros dioses sustitutos – a lo que la Biblia llama ídolos – y pronto nos esclavizan, demandan nuestro tiempo, nuestra energía, nuestra lealtad, nuestro dinero – todo lo que somos y tenemos. Reinan en nuestra vida y en nuestro corazón. Es por esto que la

Biblia describe nuestro pecado como algo que se “enseñorea” de nosotros (Romanos 6:14). El pecado nos lleva a “honrar y dar culto a las criaturas antes que al Creador” (Romanos 1:25).

Segundo, *el pecado trae condenación*. No sólo somos esclavos de nuestro pecado; somos culpables por él. Estamos condenados delante del Juez del cielo y de la tierra. “La paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Estamos bajo pena de muerte por nuestra traición cósmica contra la santidad y la justicia de Dios. Su justa ira por nuestro pecado está delante de nosotros (Nahúm 1:2; Juan 3:36).

REDENCIÓN: JESUS VIENE PARA SALVARNOS

Toda buena historia tiene un héroe. Y el héroe de la Historia del Evangelio es Jesús. La humanidad necesita un Salvador, un Redentor, un Libertador que nos rescate de la esclavitud y la condenación del pecado y que restaure el mundo a su bien original. Este Libertador tiene que ser *verdaderamente humano* para pagar la deuda que le debemos a Dios. Pero no puede ser *meramente humano* porque tiene que vencer el pecado. Necesitamos un *Sustituto* – alguien que pueda vivir la vida de obediencia que hemos fallado vivir, y que pueda tomar nuestro lugar para llevar el castigo que merecemos por nuestra desobediencia y nuestro pecado.

Es por esto que Dios envió a Jesús al mundo para ser nuestro sustituto (1 Juan 4:14). La Biblia nos enseña que Jesús – la segunda persona de la Trinidad – fue totalmente divino y totalmente humano. Nació de una mujer, vivió su vida en carne y hueso, y sufrió una muerte brutal en una cruz romana a las afueras de Jerusalén. Jesús vivió una vida de obediencia perfecta a Dios (Hebreos 4:15), haciéndole la única persona en la historia que no merece un juicio. Pero en la Cruz, Él tomó nuestro lugar, muriendo por nuestro pecado. Él recibió la condenación y la muerte que merecíamos para que, cuando pongamos nuestra confianza en Él, podamos recibir la bendición y la vida que Él ofrece (2 Corintios 5:21).

Jesús no sólo murió en nuestro lugar, sino que resucitó de los muertos, manifestando su victoria sobre el pecado, la muerte y el infierno.

Su resurrección es un evento crucial en la historia; la Biblia lo llama “las primicias” – la evidencia inicial – de la regeneración cósmica que Dios está trayendo (1 Corintios 15:20-28). Una de las más grandes promesas de la Biblia se encuentra en Apocalipsis 21:5, “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas”. Todo lo que se perdió, lo que fue roto y corrompido en la caída será en última instancia restaurado. La redención no significa meramente la salvación de individuos, sino la restauración de la creación entera a su bien original.

NUEVAS CRIATURAS: LA HISTORIA CONTINÚA

¿Cómo formamos nosotros parte de la historia? ¿Cómo experimentamos la salvación personal de Dios, y cómo llegamos a ser agentes de su redención en el mundo? Por fe o confianza (Efesios 2:8-9). ¿Qué significa esto? Confiamos en el taxista cuando contamos con él para llegar a nuestro destino. Confiamos en el médico cuando estamos de acuerdo con su diagnóstico y nos encomendamos a su cuidado. Confiamos en Cristo Jesús cuando reconocemos nuestro pecado, cuando recibimos su perdón lleno de gracia, y cuando descansamos plenamente en Él para nuestra aceptación ante Dios. La fe es como entrar un taxi. Es como dejarte cortar por el bisturí del cirujano. Es un compromiso apacible de darse a uno mismo incondicionalmente a Jesús (Salmo 31:14-15). Esto es lo que significa creer en el Evangelio.

Cuando confiamos en Jesús somos eximidos de la condenación del pecado y de su esclavitud. Somos hechos libres para decir “no” al pecado y “sí” a Dios. Somos hechos libres para morir a nosotros mismos y vivir para Cristo y sus propósitos. Somos hechos libres para luchar por la justicia en el mundo. Somos hechos libres para dejar de vivir para nuestra propia gloria y comenzar a vivir para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Somos hechos libres para amar a Dios y a otros por la manera en que vivimos. Este es el enfoque de nuestro estudio.

Dios ha prometido que Jesús volverá para finalmente juzgar al pecado y hacer nuevas todas las cosas. Hasta entonces, Él está reuniendo para

Sí gente “de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” (Apocalipsis 7:9). Como parte de este grupo de gente llamada y enviada, tenemos el privilegio de unirnos a Él en su misión (Mateo 28:18-20) como individuos y como parte de su familia espiritual. Por gracia, podemos disfrutar de Dios, vivir nuestra vida para su gloria, servir a la humanidad, y dar a conocer su Evangelio a otros a través de nuestras palabras y acciones.

Estas son las buenas nuevas – la Verdadera Historia – del Evangelio.

LECCIÓN

1

El Marco del Evangelio

IDEA CENTRAL

Si el Evangelio “lleva fruto y crece” constantemente (Colosenses 1:6), entonces todo tiene que ver con el Evangelio – Dios, la humanidad, la salvación, las relaciones interpersonales, las compras, el ocio, el trabajo, la personalidad... ¡todo! El objetivo de esta lección es establecer el marco de referencia para hablar sobre el Evangelio. Este marco se abordará en más detalle en las siguientes dos sesiones, por lo que esta lección está diseñada para ayudarnos a entender los conceptos y empezar a explorar cómo se relacionan a la vida real.

Lección 1

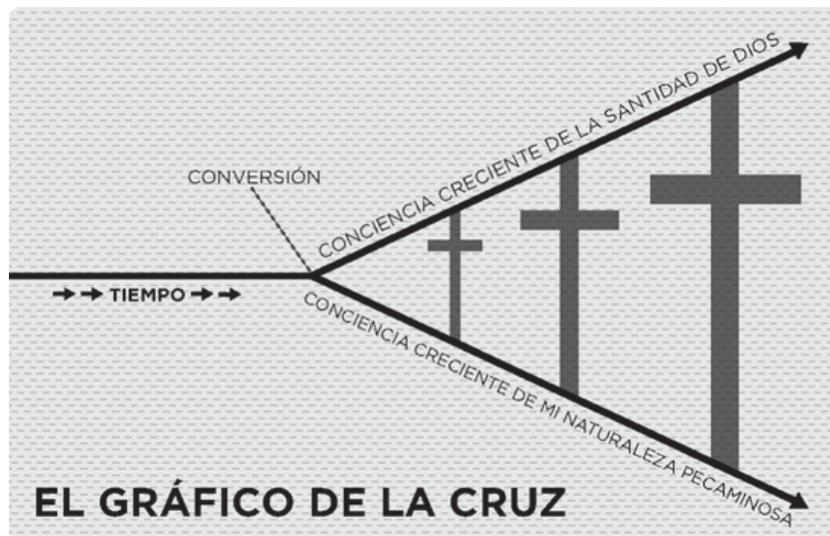
ARTÍCULO

El Marco del Evangelio

“El Evangelio” es una frase que los cristianos usamos con frecuencia sin entender completamente su significado. Hablamos el idioma del Evangelio, pero en pocas ocasiones aplicamos el Evangelio a cada aspecto de nuestras vidas. Sin embargo, eso es exactamente lo que Dios quiere de nosotros. El Evangelio es nada menos que “el poder de Dios” (Romanos 1:16). En Colosenses 1:6, el apóstol Pablo elogia a la iglesia en Colosas porque el Evangelio “lleva fruto y crece... en vosotros, desde el día que oísteis”. El apóstol Pedro enseña que la falta de una transformación continua en nuestras vidas sucede por olvidar lo que Dios hace por nosotros con el Evangelio (2 Pedro 1:3-9). Si vamos a alcanzar la madurez en Cristo, debemos profundizar y engrandecer nuestro conocimiento del Evangelio como el medio señalado por Dios para una transformación personal y en comunidad.

Algunos cristianos viven con una perspectiva truncada o parcial del Evangelio. Vemos el Evangelio como la “puerta”, la manera de entrar, la entrada al reino de Dios. ¡Pero el Evangelio es mucho más que eso! No es únicamente la puerta, sino también el camino por el cual debemos andar todos los días de nuestra vida cristiana. No es solo el medio de nuestra salvación, sino el medio de nuestra transformación. No es simplemente la liberación del castigo por el pecado, sino la liberación del poder del pecado. El Evangelio es lo que nos reconcilia con Dios (justificación) y también es lo que nos da la libertad para deleitarnos en Dios (santificación). ¡El Evangelio lo cambia todo!

La siguiente ilustración ha ayudado a mucha gente a pensar acerca del Evangelio y sus implicaciones. Este diagrama no dice todo lo que se podría decir del Evangelio, pero nos sirve como ayuda visual para entender cómo el Evangelio trabaja.

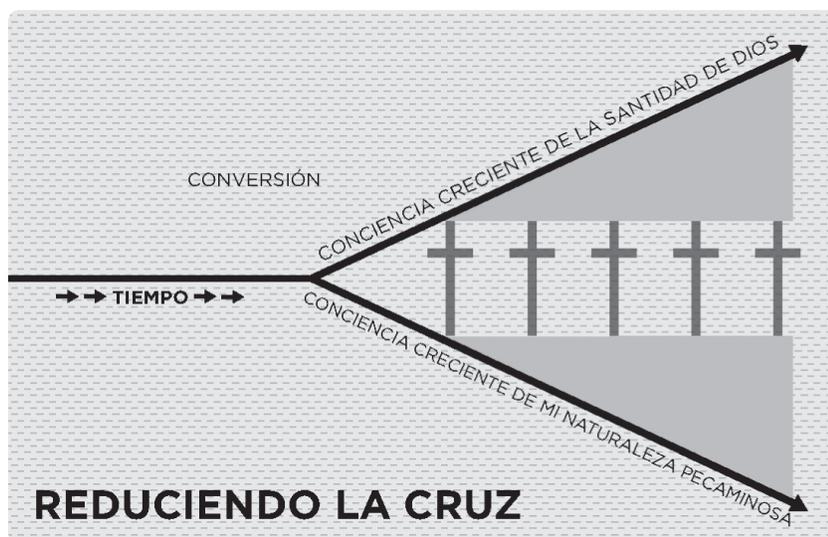


El punto de partida de la vida cristiana (conversión) ocurre cuando primeramente me doy cuenta de la distancia que existe entre la santidad de Dios y mi naturaleza pecaminosa. Cuando me convierto, confío y espero en Jesús, quien ha hecho lo que yo jamás podría hacer: ser el puente entre mi naturaleza pecaminosa y la santidad de Dios. Jesús ha tomado sobre Sí mismo la santa ira de Dios contra mi pecado.

Sin embargo, en el momento de mi conversión tengo una muy limitada perspectiva de la santidad de Dios y de mi pecado. Cuanto más crezco en mi vida cristiana, más crezco en mi conciencia de la santidad de Dios y de mi carne y naturaleza pecaminosa. Conforme leo la Biblia y experimento la convicción del Espíritu Santo, y mientras más vivo en comunidad con otras personas, el alcance de la grandeza de Dios y el alcance de mi pecado llegan a ser mucho más claros y vívidos. No es que Dios sea cada vez más santo o que yo sea más pecador, sino que mi *conciencia* sobre los dos puntos va creciendo. Yo estoy creciendo en mi visión sobre Dios y lo veo como realmente es (Isaías 55:8-9) y me veo como realmente soy (Jeremías 17:9-10).

Conforme mi conocimiento sobre mi pecado y la santidad de Dios van creciendo, algo más también va en aumento: mi apreciación y amor por Jesús. Su mediación, su sacrificio, su justicia, su gracia por mí llegan a ser increíblemente dulces y poderosos para mí. La Cruz llega a ser más grande y más central en mi vida y me regocijo en el Salvador que murió en ella.

Desafortunadamente, la santificación (el crecimiento en santidad) no surte efecto tan ordenadamente como nosotros quisiéramos. Debido al pecado que vive en nosotros, contamos con una tendencia continua de minimizar el Evangelio o de “reducir la Cruz”. Esto sucede cuando (a) minimizo la perfecta santidad de Dios pensando en Él como algo menos de lo que la Biblia declara que es, o (b) cuando enaltezco mi propia justicia pensando de mí mismo como alguien mejor de lo que en realidad soy. La Cruz va reduciéndose y la importancia de Cristo en mi vida también disminuye.



En las próximas semanas hablaremos más acerca de la maneras específicas en que minimizamos el Evangelio. Para contrarrestar nuestra tendencia pecaminosa de reducir el Evangelio, debemos constantemente nutrir nuestras mentes de la verdad bíblica. Necesitamos conocer, ver y saborear el santo y justo carácter de Dios. Necesitamos identificar, admitir y sentir la profundidad de nuestra “avería” y pecaminosidad. No necesitamos

hacer todo esto solo porque “es lo que se supone que hacen los cristianos”. Más bien convertimos esto en nuestro objetivo porque es la vida que Dios quiere para nosotros — una vida marcada por un gozo, una esperanza y un amor que nos transforman.

Creer en el Evangelio significa comprender más la santidad de Dios y mi pecado. Debido a lo que Jesús ha hecho por nosotros en la Cruz, no tenemos miedo de ver a Dios como realmente es o de admitir lo “averiados” que realmente estamos. Nuestra esperanza no está puesta en nuestra bondad, ni tampoco en una vana esperanza en que Dios rebajará su nivel de exigencia y nos “subirá la nota”. Más bien descansamos en Jesús como nuestro perfecto Redentor — Aquel que es nuestra “justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30).

Lección 1

SUPLEMENTO

Seis Maneras de Minimizar el Pecado

PONERSE A LA DEFENSIVA

Me es difícil recibir crítica sobre mis debilidades y pecado. Cuando alguien me confronta, mi tendencia es dar explicaciones, hablar de mis éxitos, o justificar mis decisiones. Como resultado, las personas se resisten a decirme las cosas y en pocas ocasiones mantengo conversaciones sobre las cosas difíciles en mi vida.

FINGIR

Me esfuerzo por mantener una apariencia e imagen respetable. Mi comportamiento, hasta cierto grado, se mantiene por lo que creo que otros piensan de mí. No me gusta reflexionar sobre mi vida. Como resultado, hay poca gente que me conoce de verdad. (Quizá ni yo mismo me conozco realmente).

ESCONDERSE

Tiendo a ocultar tanto como puedo acerca de mi vida, especialmente las “cosas malas”. Esto se distingue de fingir — el que finge intenta impresionar. El que se esconde lo hace por vergüenza. Yo no creo que la gente quiera aceptarme o amarme tal como soy.

EXAGERAR

Tiendo a pensar (y hablar) mucho mejor acerca de mí mismo de lo que debo. Hago que las cosas (buenas y malas) se vean mucho más grandes de lo que son (normalmente para llamar la atención). Como resultado, las cosas que comparto con los demás reciben más atención de lo que merecen y de alguna forma me hacen sentir más estresado y afanoso.

ECHARLES LA CULPA A LOS DEMÁS

Soy rápido para culpar a otros de pecado o por las circunstancias. Me cuesta asumir mi parte de la culpa por el pecado o el conflicto. Existe un elemento de orgullo que da por sentado que la culpa no es mía y/o un elemento de miedo al rechazo, si es que la culpa es mía.

RESTAR IMPORTANCIA

Tiendo a dar poca importancia al pecado y a las circunstancias de mi vida, como si éstas fueran “normales” o “no estuvieran tan mal”. Como resultado, las cosas no reciben la atención que deberían. Los problemas suelen acumularse hasta el punto de ser abrumadores.

Lección 1

EJERCICIO

Juzgando a los Demás

Una manera de ver el valor del gráfico de la Cruz es aplicándolo a una área específica de nuestras vidas donde todos comúnmente tenemos problemas. El juzgar a otros es algo que todos hacemos de formas grandes y pequeñas. En grupo, mencionemos algunas de las maneras específicas en las que juzgamos a otros. Estas preguntas nos ayudarán a ver la conexión entre juzgar a otros y tu perspectiva sobre el Evangelio.

1. ¿Cuáles son algunas de las formas específicas en que juzgamos a otros?
2. ¿Por qué juzgamos a otros? ¿Cuáles son las razones que damos?
3. ¿Cómo es que estas razones reflejan una perspectiva estrecha de la santidad de Dios?
4. ¿Cómo es que estas razones reflejan una perspectiva estrecha de nuestro pecado?
5. Piensa en una persona en tu vida a la que frecuentemente juzgas.
 - a. ¿Cómo afectaría a esa relación una perspectiva más amplia de la santidad de Dios?
 - b. ¿Cómo afectaría a esa relación una perspectiva más amplia de tu pecado?

LECCIÓN

2

Aparentando y Cumpliendo

IDEA CENTRAL

Esta lección trata de cómo nosotros “reducimos la Cruz”, lo cual es indicio de que algo falta en nuestra comprensión, apreciación o aplicación del sacrificio de Jesús por nuestro pecado. Esto se manifiesta de dos formas principales: **aparentando** y **cumpliendo**. Aparentar minimiza el pecado al fingir ser algo que no somos. Cumplir reduce la santidad de Dios rebajando su nivel de exigencia hasta llegar a un nivel que podemos alcanzar y así merecer su favor. Estas dos tendencias se fundamentan en una visión inadecuada de la santidad de Dios y de nuestra identidad.

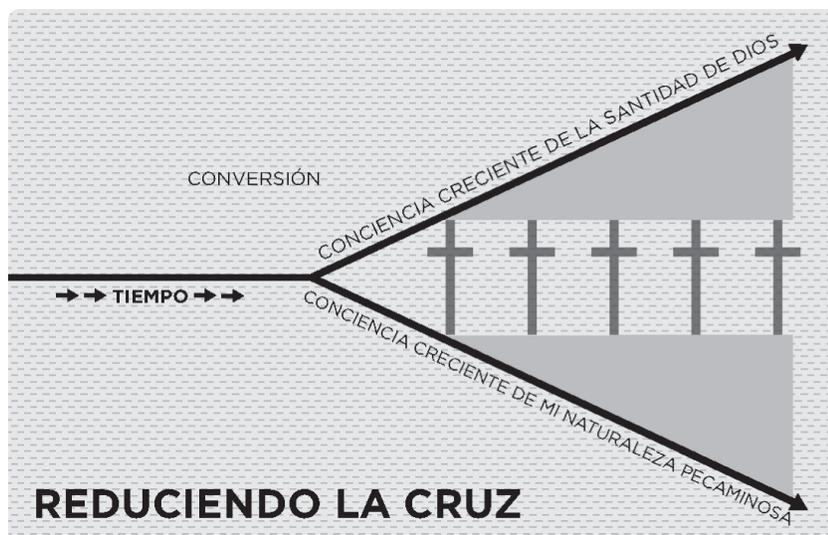
Lección 2

ARTÍCULO

Reduciendo la Cruz: APARENTANDO Y CUMPLIENDO

La semana pasada vimos un modelo que ilustra lo que significa vivir a la luz del Evangelio. Esta semana veremos más de cerca las maneras en que reducimos el Evangelio y su impacto en nuestras vidas.

Observa que la línea superior del diagrama se identifica como “una conciencia creciente de la santidad de Dios”. Como mencionamos la vez pasada, esto no significa que la santidad de Dios *en sí* crezca, porque el carácter de Dios no cambia. Él siempre ha sido infinitamente santo. Más bien, esta línea muestra que cuando el Evangelio funciona correctamente en nuestras vidas, nuestra *conciencia* acerca del carácter Santo de Dios crece constantemente. Nos damos cuenta en formas más completas y profundas del peso de la gloriosa perfección de Dios.



De igual forma, la línea inferior del diagrama muestra que cuando el Evangelio funciona correctamente en nuestras vidas, nuestra conciencia acerca de nuestra naturaleza pecaminosa crece constantemente. Esto no significa que nos estemos volviendo más pecadores. (De hecho, si estamos creciendo en Cristo, empezaremos a ver más victorias sobre el pecado.) Pero cada vez nos vamos dando más cuenta de lo profundo que es “el madrigal del conejo” en cuanto a nuestro carácter y comportamiento. Estamos viendo que somos profundamente más pecaminosos de lo que nos habíamos imaginado.

Conforme estas líneas se van separando, la Cruz llega a ser más grande en nuestra experiencia, produciendo un amor más profundo por Jesús y una comprensión más plena de su bondad. Al menos esa es la idea. Pero en realidad, debido al pecado que mora en nosotros, somos propensos a olvidar el Evangelio — nos desviamos de él como una barca que suelta sus amarras. Es por eso que la Biblia nos insta a estar “firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del Evangelio” (Colosenses 1:23) y que “la palabra de Cristo more en abundancia en vosotros” (Colosenses 3:16). Cuando no estamos anclados en la verdad del Evangelio, nuestro amor por Jesús y nuestra experiencia de su bondad llegan a ser muy pequeños. Terminamos “reduciendo la Cruz” ya sea **aparentando** o **cumpliendo**.

Observa otra vez la línea inferior del diagrama. ¡Crecer en la conciencia de nuestra naturaleza pecaminosa no tiene nada de divertido! Significa admitir — a nosotros mismos y a los demás — que no somos tan buenos como nos creíamos. Significa confrontar lo que Richard Lovelace llamó la compleja red de “actitudes, creencias y comportamientos compulsivos” que el pecado ha creado en nosotros**. Si no estamos descansando en la justicia de Jesús, nuestra conciencia creciente de pecado llega a ser un peso aplastante. Nos doblamos bajo su peso y compensamos **aparentando** que somos mejores de lo que realmente somos. El aparentar puede tomar varias formas, como: la deshonestidad (“No soy tan malo”), las

* Nota del traductor: “madriguera del conejo” es una expresión sacada del libro “Alicia en el País de las Maravillas”.

** Richard Lovelace, *Dynamics of Spiritual Life* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1979), p. 88.

comparaciones (“No soy tan malo como *aquellas* personas”), presentar excusas (“*Realmente* no soy así”) y una justicia falsa (“Aquí están *todas las cosas buenas* que he hecho”). Debido a que no queremos aceptar lo pecadores que realmente somos, giramos la verdad a nuestro favor.

Creer en nuestra conciencia de la santidad de Dios también es un reto. Es verse cara a cara con los justos mandamientos de Dios y la gloriosa perfección de su carácter. Significa darse cuenta de lo lejos que estamos de su nivel de exigencia. Significa reflexionar en su disgusto por el pecado. Si no estamos cimentados en la aceptación de Dios a través de Jesús, compensaremos intentando ganar la aprobación de Dios por medio de nuestro **cumplimiento**. Vivimos nuestra vida sobre una cinta de correr intentando ganar el favor de Dios, viviendo para cumplir con sus expectativas (o nuestra percepción incorrecta de ellas).

Es fácil hablar de aparentar y cumplir en lo abstracto. Pero consideremos cómo estas tendencias se manifiestan de forma práctica en nuestras vidas.

Para discernir tus propias tendencias sutiles de aparentar, hazte la siguiente pregunta: ¿en qué te basas para obtener un sentido de “credibilidad personal” (validación, aceptación, buena posición social)? Tu respuesta a esta pregunta a menudo revelará algo (además de Jesús) en lo que buscas encontrar una justicia. Cuando no estamos bien cimentados en el Evangelio, descansamos en estas fuentes falsas de justicia para edificar nuestra reputación y darnos un sentido de estima y valor. Aquí tenemos algunos ejemplos:

UNA JUSTICIA LABORAL: Soy una persona que trabaja mucho y bien, así que Dios me recompensará.

UNA JUSTICIA FAMILIAR: Porque “hago las cosas bien” como padre de familia, soy más espiritual que otros padres que no pueden controlar a sus hijos.

UNA JUSTICIA TEOLÓGICA: Tengo una buena teología; Dios me prefiere más que a aquellos que tienen una mala teología.

UNA JUSTICIA INTELECTUAL: He leído más libros, me expreso mejor, y soy más culto que otros — lo cual, evidentemente, me hace superior.

UNA JUSTICIA DE HORARIO: Soy autodisciplinado y riguroso con mi gestión del tiempo, lo cual me hace más maduro que otros.

UNA JUSTICIA DE LA FLEXIBILIDAD: En un mundo tan ocupado, yo soy flexible y relajado. Siempre tengo tiempo para otros. ¡A los que no son así debería darles vergüenza!

UNA JUSTICIA DE LA MISERICORDIA: Tengo cuidado de los pobres y desvalidos de la manera en que todos deberían hacerlo.

UNA JUSTICIA LEGALISTA: Yo no bebo, ni fumo, ni juego, ni ando con la clase de personas que hacen estas cosas. Hoy en día hay demasiados cristianos que no se preocupan por la santidad.

UNA JUSTICIA FINANCIERA: Manejo el dinero sabiamente y no tengo deudas. No soy como esos cristianos materialistas que no controlan sus gastos.

UNA JUSTICIA POLÍTICA: Si realmente amas a Dios, votarás por mi candidato.

UNA JUSTICIA DE LA TOLERANCIA: Tengo una mente abierta y soy amable con aquellos que no están de acuerdo conmigo. De hecho, me parezco mucho a Jesús en ese sentido.

Estos son solo unos pocos ejemplos. Quizá puedas pensar en muchos más. (Piensa en algo que te hace sentir “lo suficientemente bueno” o mejor que los demás.) Estas fuentes de justicia funcional nos desconectan del poder del Evangelio. Nos permiten encontrar una justicia en lo que

hacemos en lugar de confrontarnos honestamente con la profundidad de nuestro pecado y “avería”. ¡Además, cada una de estas fuentes de justicia es también una manera de juzgar y de excluir a otros! Las usamos para elevarnos a nosotros mismos y condenar a aquellos quienes no son tan “justos” como nosotros. En otras palabras, encontrar justicia en todas estas cosas nos lleva a pecar más, y no menos.

Ahora, para revelar tu tendencia hacia aparentar, haz una pausa y hazte esta pregunta: Al pensar Dios en ti ahora mismo, ¿cuál es la expresión de su rostro?

¿Te imaginas a Dios decepcionado contigo? ¿Enfadado? ¿Indiferente? ¿La expresión de su rostro dice: “¡Organízate de una vez!” u “¡Ojalá pudieras hacer un poco más por mí!”? Si te imaginas a Dios de cualquier manera que no sea satisfecho con lo que Jesús ha hecho por ti, has caído en la mentalidad de cumplir. Esta es la verdad del Evangelio: En Cristo, Dios está profundamente satisfecho contigo. De hecho, basado en la obra de Jesús, ¡Dios te ha adoptado como su propio hijo o hija (Gálatas 4:7)! Pero cuando dejamos de basar nuestra identidad en lo que Jesús ha hecho por nosotros, caemos en un cristianismo que consiste en cumplir. Nos imaginamos que si fuéramos “mejores cristianos”, obtendríamos la aprobación de Dios de forma más plena. Vivir de esta manera mina el gozo y el placer de seguir a Jesús, y nos quedamos revolcándonos en una obediencia por obligación y sin gozo. Nuestro Evangelio se vuelve algo muy pequeño.

De hecho, un cristianismo que consiste en cumplir disminuye la santidad de Dios. Pensar que podemos impresionar a Dios con “vivir correctamente” muestra que hemos reducido su nivel de exigencia muy por debajo de lo que realmente es. Más que estar sorprendidos por la medida infinita de su santa perfección, nos hemos convencido que si sólo nos esforzamos lo suficiente, podemos merecer el amor y la aprobación de Dios.

Nuestras tendencias sutiles a aparentar y cumplir muestran que dejar de creer en el Evangelio es la raíz de todos nuestros pecados más observables. Conforme aprendemos a aplicar el Evangelio a nuestra incredulidad —

a “predicarnos a nosotros mismos el Evangelio” — nos encontraremos libres de la falsa seguridad de aparentar y cumplir. En cambio, viviremos en el gozo y la libertad auténticos que Jesús nos prometió. Hablaremos más de esto la próxima vez.

Lección 2

EJERCICIO

Lo Bueno y lo Malo

Todos hemos construido ciertas reglas o normas por las cuales regimos nuestras vidas, pensando que si las guardamos, quedaremos más “justos” delante de Dios. Este es un pequeño paso antes de empezar a juzgar a otros en base a su cumplimiento de estas reglas o leyes. Las reglas que hacemos para nosotros mismos normalmente son cosas buenas. Sin embargo, a menudo abusamos de ellas. Por ejemplo, en la lucha por querer controlar nuestras vidas, creamos reglas para mantener ese control. Estas reglas pueden ser tan simples como “no te metas en mi carril”, o “la casa debe mantenerse en orden”. Cuando la gente incumple estas reglas sentimos que estamos perdiendo el control y que la gente no nos respeta. Además, creemos que nosotros tenemos la razón y que ellos están equivocados. El resultado normalmente es el enfado, al intentar retomar el control de la situación y mostrar que tenemos toda la razón. Así que en lugar de usar estas normas para saber cómo debemos amar a los demás, las usamos en su contra.

PREGUNTAS DE APLICACIÓN

1. Da un ejemplo de alguna regla que has hecho para ti y para los demás que te hace sentir bien cuando se cumple, pero molesto o deprimido cuando no se cumple.

2. ¿Cómo te ha dado esta dinámica de guardar normas un sentido de autojusticia?

3. ¿Cómo te impide amar genuinamente a otras personas el dejarte dominar por estas reglas? Sé específico.

LECCIÓN

3

Creyendo en el Evangelio

IDEA CENTRAL

Nos hemos enfocado en las formas en que reducimos el Evangelio — lo negativo. Esta lección llama nuestra atención a lo positivo: ¿qué remedios ha dado Dios en el Evangelio para no reducir la Cruz y depender de nuestros propios esfuerzos?

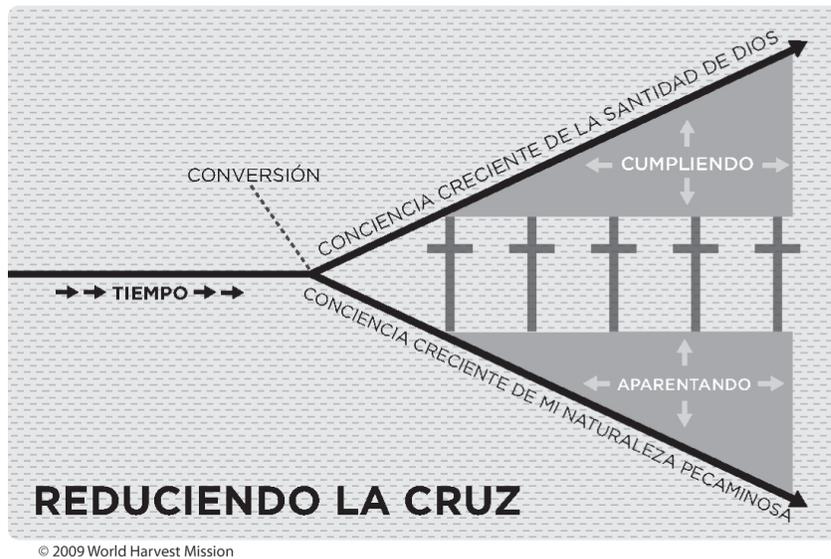
Lección 3

ARTÍCULO

Creando en el Evangelio

En las últimas dos lecciones usamos una ilustración para entender mejor el Evangelio y la forma en que funciona en nuestras vidas. La última vez consideramos nuestra tendencia a “reducir la Cruz” a través de aparentar y cumplir. En esta sesión queremos ver cómo una creencia fuerte y vibrante en el Evangelio nos libera de nosotros mismos y produce una transformación espiritual verdadera y duradera.

La raíz de la condición humana es una lucha por la justicia y la identidad. Anhelamos contar con un sentido de aprobación, aceptación, seguridad y significado — porque fuimos diseñados por Dios para encontrar todas estas cosas en Él. Pero el pecado nos ha separado de Dios y ha creado en nosotros un profundo sentido de alejamiento. Hablando de los judíos de aquellos tiempos, Pablo escribe, “Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia...” (Romanos 10:3). Nosotros hacemos lo mismo. Teológicamente hablando, aparentar y cumplir son solo dos maneras sofisticadas de establecer nuestra propia justicia. Cuando aparentamos, nos hacemos a nosotros mismos mejores de lo que somos. Cuando cumplimos, tratamos de agradar a Dios por lo que hacemos. Aparentar y cumplir reflejan nuestros intentos pecaminosos de asegurar nuestra propia justicia e identidad fuera de Jesús.



Para experimentar realmente la profunda transformación que Dios nos promete en el Evangelio, debemos arrepentirnos constantemente de estos patrones pecaminosos. Nuestras almas deben estar firmemente cimentadas en la verdad del Evangelio, de tal forma que mantengamos ancladas nuestra justicia e identidad en Jesús y no en nosotros mismos. De forma particular, las promesas del Evangelio de una justicia pasiva y de adopción tienen que ser centrales en nuestra manera de pensar y de vivir.

La justicia pasiva es la verdad bíblica de que Dios no sólo ha perdonado nuestros pecados, sino que también nos confiere la justicia activa de Jesús. Romanos 3 habla de una justicia de Dios que nos es conferida por medio de la fe: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él” (Romanos 3:21-22). Sobre esta justicia pasiva, Martín Lutero escribe:

Se llama “justicia pasiva” porque no tenemos que trabajar por ella... No es una justicia que podamos ganar, sino que recibimos por fe. Esta justicia pasiva es un misterio que alguien que no conoce a Jesús no puede entender. De hecho, los cristianos no la entienden del todo y a menudo no se benefician de ella en sus vidas

diarias... Cuando tenemos algún temor o nuestra conciencia está inquieta, es un signo de que nuestra justicia “pasiva” se ha perdido de vista y Cristo está escondido.

La persona que empieza a desviarse de la justicia “pasiva” no tiene otra opción más que vivir por una justicia de “obras”. Si no depende de la obra de Cristo, debe depender entonces de su propia obra. Así que debemos enseñar y repetir constantemente la verdad sobre esta justicia “pasiva” o “cristiana” para que los cristianos se sigan aferrando a ella y nunca la confundan con “obras” de justicia.

Lutero nos recuerda que si “nos desviamos de la justicia pasiva”, nuestros corazones se inclinarán de forma natural hacia el lado de la autojusticia (justicia por obras). Para combatir nuestra tendencia a reducir el Evangelio de esta manera, debemos constantemente arrepentirnos de las falsas fuentes de justicia y predicarnos el Evangelio a nosotros mismos, particularmente la verdad sobre la justicia pasiva. Debemos apropiarnos de la promesa del Evangelio de que Dios está satisfecho con nosotros porque está satisfecho con Jesús. Cuando abrazamos así el Evangelio, ver nuestro pecado no es algo que nos atemorice ni nos avergüence. ¡De hecho, da lugar a la alabanza porque Jesús murió por todo ello! ¡Esto es liberador, puesto que el pecado ya no nos define! Nuestra justicia está en Cristo. Las buenas noticias del Evangelio no son que Dios nos engrandezca a nosotros, sino que Dios nos libera para que engrandezcamos a Jesús.

La adopción es la verdad bíblica de que Dios nos ha aceptado en su familia como sus hijos e hijas por medio de nuestra unión con Jesús. Parte del trabajo del Espíritu Santo es confirmar esta adopción en nosotros: “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:15-16). Gálatas 4:7 expresa lo mismo con diferentes términos: “Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.”

Pero tal como nos desviamos de la justicia pasiva, también somos más propensos a olvidarnos de nuestra identidad como hijos de Dios. Vivimos como huérfanos en lugar de vivir como hijos e hijas. En vez de descansar en la paternidad amorosa de Dios, tratamos de ganar su favor cumpliendo con sus expectativas (o nuestro concepto equivocado de ellas). Vivimos como en una cinta de correr, intentando ser “buenos cristianos” para que Dios nos dé su aprobación. Para contrarrestar esta tendencia de reducir el Evangelio de esta manera, debemos arrepentirnos constantemente de nuestra manera de pensar como huérfanos y asimilar nuestra verdadera identidad como hijos e hijas de Dios. Por la fe, debemos abrazar la promesa del Evangelio de que somos adoptados como hijos de Dios. La justicia de Jesús nos ha sido dada sin obras (Romanos 4:4-8). No tenemos que hacer nada para conseguir el amor y la aceptación de Dios; Jesús lo ha conseguido por nosotros. Cuando nos apropiamos del Evangelio de esta manera, el nivel de exigencia infinito de la santidad de Dios ya no es algo intimidante o atemorizante. Nos lleva a adorarle, porque Jesús ha cumplido con las inalcanzables expectativas de Dios para nosotros. Nuestra identidad está en Él. La buena noticia del Evangelio no es que Dios nos vea con buenos ojos por lo que somos, sino *a pesar* de lo que somos.

A la raíz de todos nuestros pecados visibles yace la invisible lucha por la justicia y la identidad. En otras palabras, nunca dejamos de crecer en el Evangelio. Como Martín Lutero escribió: “Lo más importante es que conozcamos bien el Evangelio, que lo enseñemos a otros y que constantemente lo metamos en nuestras cabezas.” Cuando nos damos cuenta de nuestras tendencias a aparentar y cumplir – nuestros intentos para construir nuestra propia justicia e identidad — debemos arrepentirnos de pecar, y creer nuevamente en las promesas del Evangelio. Este es el patrón constante de la vida cristiana: arrepentimiento y fe, arrepentimiento y fe, arrepentimiento y fe. Conforme vamos caminando de esta forma, la raíz del Evangelio va profundizando más en nuestras almas y Jesús y su Cruz empiezan a ser “grandes” en la realidad de nuestras vidas diarias.

Lección 3

EJERCICIO

Autoevaluación:

HUÉRFANOS VS. HIJOS

Este es un ejercicio práctico que nos ayudará a revelar nuestras tendencias pecaminosas de manipular la vida y nuestra necesidad diaria de volver a Cristo. Este ejercicio te mantendrá humilde, lo cual es el primer paso para servir a Jesús y a los demás. Lee cada una de las descripciones de izquierda a derecha. Bajo la lista de “El huérfano” marca la casilla si ves esa tendencia en tu vida. Subraya las palabras que mejor te describen. Bajo la lista de “El hijo/La hija” marca la casilla que describe el área donde más deseas crecer y subraya las palabras claves.

EL HUÉRFANO	EL HIJO / LA HIJA
<input type="checkbox"/> Le falta una intimidad vital y diaria con Dios	<input type="checkbox"/> Se siente libre de preocupación por el amor de Dios por él/ella
<input type="checkbox"/> Está ansioso por amigos, dinero, escuela, notas, etc.	<input type="checkbox"/> Está aprendiendo a vivir en relación íntima con Dios cada día
<input type="checkbox"/> Siente que a nadie le importa	<input type="checkbox"/> No tiene miedo de Dios
<input type="checkbox"/> Vive sobre una base de éxito/fracaso	<input type="checkbox"/> Se siente perdonado y totalmente aceptado
<input type="checkbox"/> Necesita quedar bien	<input type="checkbox"/> Confía diariamente en el plan soberano de Dios para su vida
<input type="checkbox"/> Se siente culpable y condenado	<input type="checkbox"/> Tiene a la oración como primer recurso
<input type="checkbox"/> Le cuesta confiarle las cosas a Dios	<input type="checkbox"/> Está contento con sus relaciones interpersonales porque es aceptado por Dios
<input type="checkbox"/> Tiene que arreglar sus problemas	<input type="checkbox"/> Ha sido liberado del peso de tener que hacerse un nombre
<input type="checkbox"/> No es muy enseñable	<input type="checkbox"/> Está dispuesto a ser enseñado por otros
<input type="checkbox"/> Se pone a la defensiva cuando le acusan de algún error o debilidad	<input type="checkbox"/> Es abierto a la crítica porque descansa en la perfección de Cristo
<input type="checkbox"/> Necesita tener la razón	<input type="checkbox"/> Es capaz de examinar sus motivos más profundos
<input type="checkbox"/> Le falta confianza	<input type="checkbox"/> Es capaz de tomar riesgos—aun de fracasar
<input type="checkbox"/> Se siente desanimado o derrotado	<input type="checkbox"/> Se siente animado por la obra del Espíritu en él/ella
<input type="checkbox"/> Es tenaz con sus opiniones, ideas y agenda	<input type="checkbox"/> Es capaz de ver la bondad de Dios en medio de las dificultades
<input type="checkbox"/> Su solución para la derrota es: “Esfuéztrate más”	<input type="checkbox"/> Está contento con lo que Cristo le ha provisto
<input type="checkbox"/> Tiene un espíritu de crítica (de queja y amargura)	<input type="checkbox"/> Confía menos en él/ella mismo(a) y más en el Espíritu Santo
<input type="checkbox"/> Destruye a otros	<input type="checkbox"/> Se da cuenta de su incapacidad de arreglar la vida, la gente y los problemas
<input type="checkbox"/> Es “analista competente” de las debilidades de otros	<input type="checkbox"/> Puede confesar libremente sus faltas a los demás
<input type="checkbox"/> Tiende a compararse con los demás	<input type="checkbox"/> No siempre tiene que tener la razón
<input type="checkbox"/> Se siente paralizado para vencer contra la carne	<input type="checkbox"/> No tiene su valor en lo que las personas dicen o hacen
<input type="checkbox"/> Necesita tener el control de las situaciones y las personas	<input type="checkbox"/> Experimenta más y más victoria sobre la carne
<input type="checkbox"/> Busca satisfacción en las “posiciones”	<input type="checkbox"/> Considera a la oración como una parte vital de su día
<input type="checkbox"/> Busca satisfacción en las “posesiones”	<input type="checkbox"/> Habla más y más de Jesús; es el tema central de sus conversaciones
<input type="checkbox"/> Tiende a motivarse más por la obligación y el deber que por el amor	<input type="checkbox"/> Está real y plenamente satisfecho en Dios

LECCIÓN

4

La Ley y el Evangelio

IDEA CENTRAL

Continuamos pensando en cómo el Evangelio interactúa con nuestras propias vidas, pero ahora lo haremos considerando la relación que existe entre el Evangelio y la ley. ¿Qué es la ley? ¿Espera Dios que yo la obedezca? ¿Cuál es el propósito de la ley? ¿Cómo es que la ley me ayuda a creer en el Evangelio? ¿Cómo es que el Evangelio me ayuda a obedecer la ley? Estas son las preguntas que abordaremos en esta lección.

Lección 4

ARTÍCULO

La Ley y el Evangelio

Aun un lector eventual puede ver que la Biblia está llena de mandatos, prohibiciones y expectativas. Nos dice qué hacer y qué no hacer. Estas reglas o leyes frecuentemente representan un obstáculo para la fe. Los no cristianos se oponen al cristianismo porque parece “un sinnúmero de normas y reglas”. Y aún los cristianos fieles luchan para entender cómo es que la Ley de Dios y el Evangelio de Dios se relacionan. Después de todo, si estamos reconciliados con Dios por gracia y no por obras, ¿realmente importa si obedecemos o no?

Cuando no entendemos la relación entre la ley y el Evangelio somos llevados a dos errores opuestos pero igualmente destructivos: el **legalismo** y el **libertinaje**. Los legalistas continúan viviendo bajo la ley, creyendo que la aprobación de Dios de alguna manera depende de lo correcto de su conducta. Las personas libertinas descartan la ley, creyendo que porque están “bajo la gracia”, las reglas de Dios no importan mucho. Estos dos errores han existido desde los tiempos de los apóstoles. El libro a los gálatas fue escrito para combatir el error del legalismo: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:3). El libro a los romanos trata sobre el error del libertinaje: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?” (Romanos 6:15).

Tanto el legalismo como el libertinaje son destructivos para el Evangelio. Para evitar estas dificultades debemos entender la relación bíblica entre la ley y el Evangelio. En una palabra, aquí está cómo Dios ha diseñado que funcionaran: la ley nos conduce al Evangelio y el Evangelio nos

libera para obedecer la ley. Darnos cuenta de todo lo que Dios espera de nosotros nos debería llevar en desesperación a Cristo. Pero una vez unidos a Cristo, el Espíritu Santo que mora en nosotros nos lleva a deleitarnos en la ley de Dios y nos da poder para obedecerla. En su comentario sobre Romanos, Martín Lutero lo resume de esta manera: “La ley, bien entendida y comprendida exhaustivamente, no hace nada más que recordarnos nuestro pecado, matarnos por medio de él, y hacernos sujetos de la ira eterna... La ley no puede ser guardada por el poder humano, sino solo a través de Cristo, quien derrama al Espíritu Santo en nuestros corazones. Cumplir la ley... es hacer sus obras con placer y amor... [los cuales] son puestos en nuestro corazón por el Espíritu Santo.”

Lee la última frase una vez más: “Cumplir la ley... es hacer sus obras con *placer y amor*.” Saber lo que Dios requiere no es suficiente. Obedecerlo “porque se supone que es lo que tenemos que hacer” no es suficiente. Cumplir verdaderamente la ley significa obedecer a Dios con placer y amor, porque el Espíritu Santo mora en nosotros. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8).

¿Cómo es que podemos llegar a ser la clase de personas que ama a Dios y se deleita en su ley? La respuesta es: a través del Evangelio.

Primero, es a través del Evangelio que nos damos cuenta de nuestra desobediencia a la ley de Dios. El primer paso en el camino del Evangelio es darse cuenta de que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23), y que nuestra desobediencia a la ley de Dios nos deja bajo maldición: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición” (Gálatas 3:10).

Segundo, es a través del Evangelio que somos liberados de la maldición de la ley. Estas son las buenas nuevas del Evangelio: Dios está dispuesto a perdonarnos si nos volvemos a Jesús y somos justificados — declarados “no culpables” ante los ojos de Dios — por la fe en Él. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado de un madero), para que en Cristo Jesús la bendición... alcanzase..., a fin de que por la fe recibiésemos la

promesa del Espíritu” (Gálatas 3:13-14). Jesús no sólo expió nuestras imperfecciones, sino que además consiguió nuestra perfección a través de su obra en la Cruz. Y por su resurrección nos ha liberado para siempre, para vivir por Él (2 Corintios 5:14-15). La ley ya no nos juzga. Dicho en lenguaje bíblico: ya no estamos “bajo la ley” (Romanos 6:14).

Tercero, es a través del Evangelio que Dios envía al Espíritu Santo a habitar en nosotros, transformando nuestros corazones, permitiéndonos amar verdaderamente a Dios y a los demás. Como resultado de nuestra justificación por fe “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). Comúnmente leemos la frase “el amor de Dios” en estos versículos como el amor de Dios para nosotros. Pero contextual y lingüísticamente esta frase también tiene el sentido del “amor que viene de Dios” o “amor por Dios”. Puesto que Dios nos ama, ha puesto en nuestros corazones su propia capacidad de amar y deleitarse en Sí mismo. Jesús oró que el mismo amor que Dios el Padre tiene por su Hijo estuviera en nosotros: “Y les he dado a conocer tu nombre... *para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos*” (Juan 17:26).

Un verdadero cristiano obedece la ley de Dios, pero no por obligación o deber, sino por amor, porque “el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). Tanto el legalismo como el libertinaje están fundamentalmente centrados en uno mismo. Los legalistas y los libertinos no están enfocados en deleitarse en Dios ni en la ley, sino que están centrados en sí mismos: “Guardo la ley” o “No guardo la ley”. Pero el Evangelio nos libera de nuestro “ensimismamiento” y nos hace ver hacia afuera. Vemos que la ley de Dios no es para restringirnos sino para liberarnos: es “la ley de la libertad” (Santiago 1:25). Es una ley que nos apunta a Jesús.

Romanos 10:4 dice, “porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”. En otras palabras, el propósito, la meta, el objetivo de la ley es llevarnos a Jesús. Cuando realmente entendemos lo que estos versículos están diciendo, empezamos a ver que cada mandato en la Biblia nos apunta a Jesús, quien cumple ese mandamiento por nosotros y en nosotros. Él es nuestra justicia. No tenemos que construir una propia.

Nosotros no somos capaces de hacer lo que la ley nos manda, pero Jesús lo ha hecho por nosotros. Y puesto que Él vive en nosotros por su Espíritu, hemos sido capacitados para cumplir la ley, no por obligación, sino por deleite. Así que cada mandato en las Escrituras nos señala nuestra propia ineptitud (la línea inferior del diagrama de la Cruz), engrandece la naturaleza santa y buena de Dios (la línea superior del diagrama de la Cruz), y nos lleva a ver a Jesús como el Único quien perdona nuestras desobediencias y nos ayuda a obedecer. En otras palabras, la ley nos acerca a Jesús y Jesús nos libera para obedecer la ley.

Lección 4

EJERCICIO

El Marco del Evangelio y la Ley

Un “marco” es un patrón de pensamiento, un filtro por el cual pasan las ideas, una manera particular de ver algo. Entender la Biblia y articular el Evangelio de formas creativas y relevantes implica aplicar varios marcos para que la verdad sea más clara. En la primera lección te dimos lo que llamamos el “marco del Evangelio”, ilustrado por el cuadro de la Cruz. Esta semana aprenderemos cómo entender la ley de Dios a través de ese marco.

Cada pasaje de las Escrituras afirma un imperativo moral, explícita o implícitamente. Por ejemplo, un versículo te puede decir que no mientas. Tú puedes responder a este imperativo de tres formas diferentes:

LEGALISMO: Puedes esforzarte por no mentir. Esto es lo que significa estar bajo la ley. Inevitablemente descubrirás que no puedes vivir sin mentir, aunque bajes tu nivel de exigencia de lo que significa *no mentir* en el sentido puro de la palabra.

LICENCIA: Puedes admitir desde el principio que no puedes obedecer este mandamiento y simplemente lo descartas como un ideal bíblico, el cual, de hecho, no esperas obedecer. Esto es lo que significa abusar de la gracia de Dios y rendirse al pecado.

EVANGELIO: Este es el marco que queremos aprender. Y funciona así:

1. Dios dice, “No mientas” (la línea superior del gráfico de la Cruz: la Santidad de Dios)

2. Yo no puedo obedecer este mandamiento porque soy pecador (la línea inferior del gráfico: mi naturaleza pecaminosa)

3. Jesús obedeció este mandamiento perfectamente. (Puedo señalar un sinfín de ejemplos en su vida terrenal según quedaron registrados en los Evangelios.) Jesús hizo lo que yo debería hacer (pero no puedo) como mi sustituto para que Dios pueda aceptarme (2 Corintios 5:17).

4. Puesto que Jesús obedeció la ley perfectamente y ahora vive en mí, y puesto que soy aceptado por Dios, ahora soy libre para obedecer este mandamiento por la gracia y el poder de Dios que operan en mí.

Aplicar este marco de trabajo a tu estudio bíblico te ayudará a creer en el Evangelio y a obedecer la ley sin caer en el legalismo o en la licencia. Esto te da poder para experimentar la realidad de que el Evangelio lo cambia todo.

EJERCICIO PRÁCTICO

Leer un pasaje juntos y aplicar este marco. (Escoger entre Santiago 2:1-7; Filipenses 4:4-7; 1 Pedro 3:9)

¿Cuál es el mandato?

¿Por qué no puedes cumplirlo? (Sé específico sobre la lucha que tienes para obedecer este mandato.)

¿Cómo cumplió Jesús este mandato perfectamente? (Fíjate en ejemplos específicos en los Evangelios.)

¿Cómo puede el Espíritu de Dios en ti darte poder para obedecer este mandato (en situaciones específicas)?

LECCIÓN

5

El Arrepentimiento

IDEA CENTRAL

Esta lección aborda el tema del arrepentimiento. En nuestra cultura usualmente esto suena como algo malo – como el ser llamado a la oficina del jefe un viernes por la tarde. Pero lejos de ser malo o inusual, el arrepentimiento es la norma para vivir centrados en el Evangelio. Ser conscientes de la santidad de Dios y de nuestra naturaleza pecaminosa nos lleva al arrepentimiento y a creer en el Evangelio de Jesús. Estamos constantemente alejándonos de nuestro aparentar y cumplir para que podamos vivir como hijos e hijas. El arrepentimiento bíblico nos libera de nuestros propios recursos y encuentra la forma para que el poder del Evangelio lleve fruto en nuestras vidas. Pero el pecado arruina nuestro arrepentimiento y nos roba de su fruto. Así que nuestro objetivo en esta lección es (1) exponer las formas en las cuales practicamos el arrepentimiento falso, y (2) llevarnos hacia el arrepentimiento genuino.

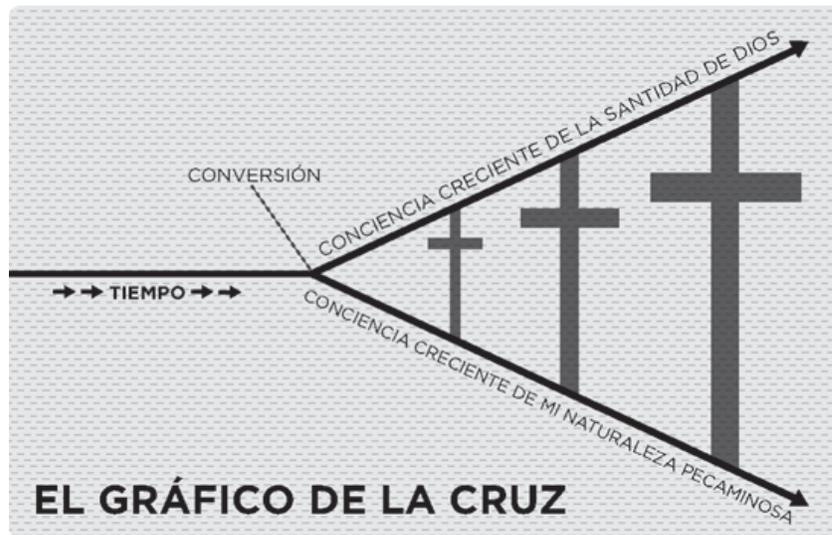
Lección 5

ARTÍCULO

El Arrepentimiento, un Estilo de Vida

Hemos estado pensando en cómo vivir constantemente nuestra vida bajo la influencia del Evangelio. Durante las semanas pasadas, el diagrama de la Cruz nos ha servido como un modelo visual para ayudarnos a entender cómo es que el Evangelio trabaja.

Como hemos visto, el patrón recurrente de la vida cristiana es el arrepentimiento y la fe. Nunca dejamos de necesitar el arrepentimiento y el creer. Las primeras palabras de Jesús en el Evangelio de Marcos son, “Arrepentíos, y creed en el Evangelio” (Marcos 1:15). En la primera de sus noventa y cinco tesis, Martín Lutero observó, “Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo, ‘Arrepentíos’... Él quería que la *vida* entera de los creyentes fuera de arrepentimiento.” Al arrepentirnos, confesamos nuestra tendencia a reducir la Cruz cuando aparentamos y cumplimos. Quitamos nuestro afecto de los salvadores falsos y de las fuentes de justicia fraudulentas y regresamos a Jesús como nuestra única esperanza.



En la superficie, el arrepentimiento parece algo muy simple y claro, pero no es así. Puesto que nuestros corazones son una “fábrica de ídolos” (como diría Juan Calvino), aún nuestro arrepentimiento puede llegar a ser un vehículo de pecado y egoísmo. Somos practicantes habilidosos del **arrepentimiento falso**. Una de nuestras grandes necesidades en la vida centrada en el Evangelio es entender el arrepentimiento de forma precisa y bíblica.

Para la mayoría de nosotros, la palabra “arrepentimiento” tiene una connotación negativa. Solamente nos arrepentimos cuando hacemos algo *realmente* malo. La idea de penitencia del catolicismo romano frecuentemente mancha la manera en que pensamos sobre el arrepentimiento: cuando pecamos, deberíamos sentirnos mal por ello, golpearnos y hacer algo para remediarlo. En otras palabras, el arrepentimiento se vuelve algo centrado más en *nosotros* y no en Dios o la gente en contra quienes hemos pecado. Queremos sentirnos mejor. Queremos que todo “vuelva a la normalidad”. Queremos saber que hemos hecho nuestra parte, que nuestra culpabilidad se ha evaporado y que podemos seguir con nuestra vida.

Piensa, por ejemplo, acerca de alguna relación con alguien a quien le has dicho palabras que le lastimaron. Quizá tu intento por arrepentirte suene

algo así: “Lo siento; te lastimé. No debí haber dicho eso. ¿Me perdonas?” Pero ¿es esto *realmente* un arrepentimiento verdadero? ¿Nuestro pecado consiste solamente en las palabras que hemos dicho? ¿No fue Jesús quien dijo “De la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:45)?

Aunque quizá nos hemos dado cuenta de nuestras palabras hirientes, frecuentemente la otra persona ha sentido el impacto del profundo resentimiento, enojo, envidia o amargura que hay en nuestros corazones. A menos que confesemos estos pecados también, nuestro “arrepentimiento” no es en absoluto un arrepentimiento verdadero.

¿Cómo podemos empezar a identificar nuestras tendencias hacia el falso arrepentimiento? La respuesta es buscar los patrones de *remordimiento* y *resolución* que usamos cuando lidiamos con el pecado. Remordimiento: “¡No puedo creer que hice eso!” Resolución: “Prometo hacerlo mejor la próxima vez”. Detrás de esta manera de vivir se encuentran dos grandes malentendidos acerca de nuestros corazones. Primero, nos tenemos en muy alta estima a nosotros mismos. No creemos realmente en la profundidad de nuestro pecado y maldad (la línea inferior del gráfico de la Cruz). Esto nos lleva a reaccionar con sorpresa cuando el pecado se manifiesta: “¡No puedo creer que acabo de hacer eso!” En otras palabras: “¡Yo en realidad no soy así!” Segundo, pensamos que tenemos el poder de cambiarnos a nosotros mismos. Pensamos que si tomamos decisiones y nos esforzamos más la próxima vez, podremos arreglar el problema.

Estos patrones de remordimiento y resolución también afectan nuestras actitudes hacia los demás. Puesto que nos tenemos en tan alta estima, respondemos al pecado de otros con hostilidad y desaprucho. Somos poco severos con nuestro propio pecado, ¡pero resentimos los pecados de otros! Y debido a que pensamos que podemos cambiarnos a nosotros mismos, nos sentimos frustrados cuando otras personas no se cambian a sí mismas con más rapidez. Nos volvemos juzgones, impacientes y criticones.

El Evangelio nos llama (y nos da poder para llegar) al **verdadero arrepentimiento**. De acuerdo con la Biblia, el arrepentimiento verdadero:

ESTÁ ORIENTADO HACIA DIOS Y NO HACIA MÍ. Salmo 51:4 “Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos...”

ESTÁ MOTIVADO POR UN VERDADERO DOLOR SEGÚN DIOS Y NO POR PURO LAMENTO EGOÍSTA. 2 Corintios 7:10 “Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte”.

ESTÁ CENTRADO EN EL CORAZÓN, NO SOLO EN LAS ACCIONES EXTERNAS. Salmo 51:10 “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí.”

MIRA A JESÚS PARA LIBERACIÓN DEL CASTIGO Y DEL PODER DEL PECADO. Hechos 3:19-20: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y Él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado.”

En lugar de disculpar nuestro pecado o caer en los patrones de remordimiento y resolución, el verdadero arrepentimiento del que habla el Evangelio nos lleva a *darnos cuenta* y *arrepentirnos*. Darse cuenta: “Yo hice eso” (“¡Eso ES lo que realmente soy!”). Arrepentirse: “¡Señor, perdóname! Tú eres mi única esperanza”. Conforme aprendemos a vivir a la luz del Evangelio, esta clase de verdadero arrepentimiento debería llegar a ser cada vez más normal en nosotros. No seremos ya más sorprendidos por nuestro pecado, y seremos capaces de admitirlo más honestamente. Y dejaremos de creer que nos podemos arreglar a nosotros mismos, así que más rápidamente iremos a Jesús para perdón y transformación.

El pecado es una condición, no solo un comportamiento. Y el arrepentimiento verdadero es un estilo de vida, no meramente una práctica ocasional. El arrepentimiento no es algo que hacemos solo

una vez (cuando nos convertimos), o solo periódicamente (cuando realmente nos sentimos culpables). El arrepentimiento es algo continuo, y la convicción de pecado es una marca del amor de Dios Padre por nosotros. “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepíentete” (Apocalipsis 3:19).

Así que, ¿de qué te arrepientes?

Lección 5

EJERCICIO

Practicando el Arrepentimiento

Frecuentemente disculpamos nuestro pecado para evitar el pesado trabajo del arrepentimiento. A continuación se enlistan las excusas más comunes – y (en paréntesis) los pensamientos internos que revelan. Toma un minuto para ver la lista y después usa las preguntas de abajo para ayudaros mutuamente a practicar el arrepentimiento genuino.

- **Sólo estaba siendo honesto.** (¿Es que no puedes soportar la verdad?)
- **Sólo estoy diciendo lo que siento.** (No hay nada de pecaminoso en mis sentimientos.)
- **Sólo estaba bromeando.** (¿No entendiste la broma?)
- **Te malentendí.** (¡No estás tan loco como me lo imaginaba!)
- **Me malentendiste.** (No soy tan malo como crees.)
- **Así soy yo.** (Soy un pecador, así que eso excusa mi comportamiento.)
- **Cometí un error.** (Todos nos equivocamos, ¿no?)
- **No era mi intención hacerlo.** (No quería que se supiera.)
- **Estoy teniendo un mal día.** (Merezco algo mejor.)

¿Con cuáles de estas excusas te identificas?

Da un ejemplo reciente (o una situación típica) en el que usaste una de estas excusas en lugar de estar absolutamente deshecho y arrepentido por tu pecado.

Como grupo, describid cómo debería verse un verdadero arrepentimiento en estos casos usando los siguientes pasos:

PASO 1: Reconocer que has pecado contra Dios.

PASO 2: Confesar formas falsas de arrepentimiento y pesar egoísta (remordimiento, resolución, etc.)

PASO 3: Discernir y arrepentirte de las profundas motivaciones del corazón que te llevan a cometer este pecado.

PASO 4: Recibir el perdón de Dios por fe.

PASO 5: Dependier del poder de Dios para alejarte del pecado.

Como grupo repetid el proceso, trabajando en tantas respuestas como el tiempo os lo permita: identificad excusas, compartid ejemplos, y practicad el verdadero arrepentimiento.

LECCIÓN

6

La Idolatría del Corazón

IDEA CENTRAL

Hemos dicho que el caminar cristiano consiste de dos pasos repetitivos: arrepentimiento y fe. En la lección cinco abordamos el tema del arrepentimiento. Ahora volcamos nuestra atención al tema de la fe. Recuerda que crecemos a través de creer en el Evangelio. Ese es el énfasis del coloquio y el ejercicio de esta semana. Bastante fácil, ¿no? La meta de esta semana es sacar el concepto de “creer en el Evangelio” del terreno abstracto para hacerlo concreto.

Lección 6

ARTÍCULO

La Idolatría del Corazón

Durante las semanas pasadas hemos dicho que el arrepentimiento y la fe deberían ser un patrón continuo y constante en la vida cristiana. La semana pasada explicamos la naturaleza del verdadero arrepentimiento. Esta semana queremos sumergirnos más profundamente en el tema de la fe.

Piensa por un momento en esta pregunta: ¿Cuál sería una de las cosas que yo debería hacer para crecer más como cristiano? Si alguien te hiciera esta pregunta, ¿cómo responderías? ¿Sugirirías algunas disciplinas básicas, como leer la Biblia, orar, encontrar amigos cristianos, arrepentirte de tu pecado o aprender más teología?

La multitud le hizo esta misma pregunta a Jesús en Juan 6. Su respuesta quizá te sorprenda:

Entonces le dijeron: “¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?” Respondió Jesús y les dijo: “Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado.” (Juan 6:28-29)

Nota que la gente preguntó a Jesús lo que debería *hacer* para vivir una vida que agrada a Dios. Jesús responde que la *obra* de Dios es *creer*. En otras palabras, la vida cristiana no consiste en hacer, sino en creer. Entender esto es crucial para la santificación. La mayoría de nosotros somos “hacedores”. Con mucho gusto nos lanzamos al siguiente proyecto, al siguiente reto, a la siguiente tarea. Así que nuestra búsqueda por la

madurez cristiana produce muchos esfuerzos continuos, pero con poco cambio que perdura. ¿Por qué sucede esto? Porque estamos haciendo demasiado, pero creyendo poco.

Los pecados que podemos ver en nosotros son solo síntomas de un problema más profundo. Debajo de cada pecado externo existe un ídolo en el corazón — un dios falso que ha oscurecido al verdadero Dios en nuestros pensamientos y emociones. Parafraseando a Martín Lutero, cada pecado es de alguna manera un quebrantamiento del primer mandamiento (“No tendrás dioses ajenos delante de mí”). Lutero escribió, “Como [el primer] mandamiento es el primero, el más alto y el mejor, del cual todos los demás proceden... así también su obra, eso es, la fe o la confianza en el favor de Dios en todo momento, es la primera [obra], la más alta y la mejor, de la cual todas las demás deben proceder, existir, mantenerse, ser dirigidas y medidas”. En otras palabras, mantener a Dios en primer lugar es fundamental para el crecimiento espiritual. La clave para la transformación por el Evangelio es aprender a arrepentirse del “pecado detrás del pecado” — la idolatría profundamente enraizada y la incredulidad que impulsa nuestros pecados más visibles.

Como caso de estudio, tomemos el visible pecado del chisme — hablar sobre otras personas a sus espaldas de manera sentenciosa y destructiva. ¿Por qué chismorreamos? ¿Qué es lo que estamos buscando que deberíamos encontrar en Dios?

Aquí tenemos algunos ídolos comunes del corazón que pueden manifestarse en el visible pecado del chisme:

- **El ídolo de la aprobación** (Quiero la aprobación de la gente con la que estoy hablando.)
- **El ídolo del control** (Uso el chisme como una manera de manipular/controlar a otros.)
- **El ídolo de la reputación** (Quiero sentirme importante, así que critico a alguien verbalmente.)
- **El ídolo del éxito** (Alguien está teniendo éxito – y yo no – así que chismorreo acerca de él o ella.)

- **El ídolo de la seguridad** (Al hablar de otros intento enmascarar mi propia inseguridad.)
- **El ídolo del placer** (Alguien más está disfrutando de la vida – y yo no – así que yo le ataco.)
- **El ídolo del conocimiento** (Hablar de la gente es una manera de mostrar que sé más.)
- **El ídolo del reconocimiento** (Hablar de otros hace que la gente me reconozca.)
- **El ídolo del respeto** (Esa persona no me respeta, así que yo tampoco voy a respetarla.)

Todos estos ídolos son salvadores falsos que promueven evangelios falsos. ¡Todas estas cosas—la aprobación, el control, la reputación, el éxito, el placer, el conocimiento, el reconocimiento, el respeto—son elementos que ya tenemos en Jesús gracias al Evangelio! Pero cuando no estamos viviendo a la luz del Evangelio, nos volvemos a estos ídolos para que nos den lo que única y verdaderamente Jesús nos puede dar.

Otra manera de identificar los ídolos específicos de tu corazón es haciéndote la pregunta: *¿Qué es lo que amo, en qué confío o a qué temo?* Si le temo a la soltería, “tener una relación con una persona del sexo opuesto” probablemente sea mi ídolo (porque promete liberarme del “infierno” de la soltería). Si confío en “tener lo suficiente”, probablemente la seguridad sea mi ídolo (porque promete que nunca me faltará nada). Si amo el orden y la estructura, el control probablemente sea mi ídolo (porque si estoy a cargo, puedo estar seguro que las cosas estarán en orden).

Reflexionar sobre “el pecado detrás del pecado” muestra porqué el Evangelio es esencial para el verdadero cambio del corazón. ¡Es posible arrepentirse por toda una vida de los pecados que se encuentran en la superficie, y nunca tratar con los asuntos más profundos del corazón detrás de ellos! En el momento en el que peco, ya he roto el primer mandamiento. Un ídolo ha tomado el lugar de Dios en mi alma. Estoy confiando en este ídolo más que en Dios para ser mi salvador. Necesito aplicar el Evangelio (1) *arrepintiéndome* de la profunda

idolatría de mi corazón y (2) *creyendo* – esto es, llevando mi mente a las promesas específicas del Evangelio que rompen el poder de mis ídolos característicos.

De acuerdo con el Dr. Steve Childers, la fe “implica aprender cómo colocar los afectos de nuestra mente y corazón en Cristo... la fe requiere un continuo enumerar y deleitarse en los muchos privilegios que ahora son nuestros *en Cristo*”. Nota los dos aspectos de la fe: colocar nuestros afectos en Cristo y deleitarse en los privilegios que ahora son nuestros en Cristo. Debo alabar a Jesús (no a mis ídolos), y debo recordarme a mí mismo lo que es verdadero acerca de mí gracias a Jesús.

Volvamos a nuestro ejemplo del chisme. Imaginemos que hemos identificado al *respeto* como el ídolo dominante que me lleva a chismorrear. Después de que me doy cuenta de mi pecado y me arrepiento de él, ejercito la fe de dos maneras: Primero, hago una pausa y alabo a Jesús porque Él hizo a un lado su derecho de ser respetado, humillándose hasta la muerte (Filipenses 2:5-11). Segundo, traigo a mi memoria la verdad del Evangelio que ya no necesito más ansiar el respeto de otros porque ahora cuento con la aprobación de Dios a través de la fe en Jesús (2 Corintios 5:17-21). Sé que si la gente me respeta o no es un asunto irrelevante: la gracia de Dios me ha liberado de demandar mi propio respeto, y ahora vivo por la fama y el honor de Jesús (1 Corintios 10:31).

Este ejercicio es relativamente sencillo en lo abstracto, pero puede ser mucho más difícil si piensas en tus propios patrones de pecado. Así que dedica tiempo a (1) identificar tus pecados comunes que se pueden ver en la superficie, y a (2) identificar en oración cuáles ídolos de tu corazón están detrás de ellos. Después, (3) alaba a Jesús por su victoria sobre ese ídolo, y (4) encuentra promesas basadas en el Evangelio en las cuales apoyarte para derrotar el poder de ese ídolo. No dudes en invitar a otros a ayudarte en tu proceso de reflexión y arrepentimiento. Como otro escritor lo ha dicho, “Tú no puedes ver tu propia cara”. Nos necesitamos mutuamente para ver nuestro pecado claramente y lidiar con él de forma honesta.

Conforme aprendas a vivir una vida centrada en el Evangelio, recuerda: ésta es la esencia de caminar con Jesús. El arrepentimiento y la fe no son los pasos *en* el camino, ellos *son* el camino. La obra de Dios es *crear*.

LECCIÓN

7

La Misión

IDEA CENTRAL

El Evangelio trabaja simultáneamente en nosotros y a través de nosotros. Interiormente, nuestros deseos y motivaciones van cambiando conforme nos arrepentimos y creemos en el Evangelio. En la medida en la que experimentamos el amor de Cristo de esta manera, nos sentimos obligados a relacionarnos con los que nos rodean con la misma clase de amor redentor. La gracia de Dios trae renovación a todas partes, en nosotros y a través de nosotros.

Lección 7

ARTÍCULO

El Evangelio nos Impulsa hacia Afuera

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. (Gálatas 5:13)

Cuando de verdad entendemos la profundidad y la riqueza del Evangelio, naturalmente sentimos gozo, deleite y libertad por lo que Jesús es y ha hecho por nosotros. Pero como este versículo enseña, es posible aun usar nuestra libertad como ocasión (o pretexto) para la carne. Nuestros corazones pecaminosos pueden tomar los buenos beneficios del Evangelio y usarlos con propósitos egoístas.

Esta tendencia se hace mucho más evidente en el hecho de hacer del Evangelio una realidad privada. Cuando escuchamos palabras como *transformación, renovación, o crecimiento*, concebimos estos beneficios principalmente como personales e internos — *mi* transformación, *mi* crecimiento, la renovación del Evangelio en *mi* corazón. Y sí, el Evangelio es personal e interno. Pero es mucho más que eso. Cuando la gracia de Dios está obrando sobre nosotros y en nosotros, también obrará a través de nosotros. La renovación de nuestras mentes y corazones crea una propulsión externa que nos impulsa hacia afuera en amor y servicio hacia los demás. El siguiente diagrama nos ayuda a ilustrar este concepto.

La gracia de Dios es la fuerza que nos lleva al cambio. La ilustración nos recuerda que la gracia de Dios tiene tanto un movimiento interno como un movimiento externo que son como un reflejo el uno del

otro. Internamente, la gracia de Dios me lleva a ver mi pecado, a responder en arrepentimiento y fe, y entonces a experimentar el gozo de la transformación. Externamente, la gracia de Dios me lleva a ver las oportunidades de servicio y amor, a responder en arrepentimiento y fe y a experimentar el gozo mientras veo a Dios trabajando a través de mí.



En otras palabras, el Evangelio no es sólo la respuesta a tus pecados, a tus problemas internos y a los ídolos de tu corazón. También es la respuesta a tu fracaso de amar a otros, a comprometerte con la cultura y a vivir misionalmente. Si el Evangelio te está renovando internamente, también te estará impulsando hacia afuera. Debe hacerlo, porque es “el Evangelio del Reino” (Mateo 9:35), ¡y el Reino de Dios no es personal ni privado! Jesús nos enseñó a orar “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:10). Cuando oramos por la venida del Reino de Dios, estamos orando tanto para que Jesús reine en los corazones de la gente (internamente), como para que su voluntad sea hecha en todas partes tal como se hace en el cielo (externamente).

¿Cómo es que este movimiento externo del Evangelio se ve en la práctica? Permíteme darte un ejemplo. Sé que debo amar a mi prójimo. Jesús nos dejó ese mandamiento. De hecho Él dijo que era el cumplimiento de la ley (Gálatas 5:14). Pero mi vecino de al lado y yo no tenemos nada en común. Él es mucho mayor que yo y tenemos gustos diferentes en todo — música, películas, gastronomía, coches, estilo de vida. Mientras yo

disfruto de hablar sobre un nuevo músico que acabo de descubrir o un buen libro que leí recientemente, él prefiere contar sus anécdotas de los viejos tiempos cuando servía con los Marines en Vietnam.

Durante meses me sentí culpable sobre mi relación con mi vecino. Sabía que *debía* acercarme a él y entablar una amistad. Pero ese sentido de “debería” no me motivaba. Era la ley, no el Evangelio. La ley me podía mostrar lo que debería estar haciendo, pero no podía cambiar mi corazón para que yo quisiera hacerlo. Me enfrentaba a un dilema: podía esforzarme para amar y servir a mi vecino aunque no *quisiera* hacerlo, o podía ignorarlo y no hacer nada. Sabía que ignorarlo era un pecado, pero la primera opción no me motivaba mucho. ¿Una obediencia mecánica y sin gozo estaba realmente honrando a Jesús? ¿Pretendía Dios que sus mandamientos fuesen gravosos?

Mucha gente cuando se enfrenta con este dilema opta por el camino del legalismo (obedecer aunque no te da la gana) o por el camino de la licencia (no obedecer en absoluto). ¡Pero ninguna de estas opciones es el Evangelio! El Evangelio de la gracia de Dios es el combustible para la misión, y cuando se nos está acabando ese combustible, nuestro amor y servicio por los demás pegan un freno.

La respuesta para mi dilema con mi vecino vino a través del Evangelio. Conforme la gracia de Dios empezó a renovar mi corazón, pude ver que la raíz del problema era mi egoísmo y falta de amor. Mi amor por mi vecino era condicional — si él fuera más joven, o más inteligente, o si tuviera más cosas en común conmigo, yo lo hubiera apreciado mejor. Empecé a arrepentirme de este pecado y a renovar mi mente con las promesas del Evangelio — especialmente con el hecho de que Dios *me* amó siendo yo aún pecador (Romanos 5:8). Dios con su gracia se acercó a mí cuando yo no tenía nada en común con Él. ¡Sin duda, por la gracia de Dios, podía ahora acercarme a mi vecino de la misma manera! Mientras el Evangelio renovaba mi corazón, algo extraño sucedió. Mi actitud hacia mi vecino empezó a cambiar. Empecé a sentir un verdadero amor y apreciación por él. No era un sentimiento que había buscado por obligación, sino uno que surgía de manera natural. La renovación interna del Evangelio me

impulsaba hacia afuera en amor y servicio hacia mi vecino. La misión empezó a ser un gozo y no una carga.

Comprender la fuerza externa de la gracia del Evangelio es crucial para nuestro entendimiento de la misión. Significa que la misión no es solo un deber (algo que “deberíamos hacer”) sino un desbordamiento de la obra del Evangelio dentro de nosotros. Si tú no estás motivado a amar, servir y compartir el Evangelio con los demás, la respuesta no es “hazlo de una vez”. La respuesta es examina tu corazón, arrepíentete de pecado, y discierne dónde tu incredulidad está obstaculizando el movimiento externo del Evangelio. Conforme el Evangelio renueva tu corazón, también renovará tu deseo de compartir tu fe con las personas a través de las oportunidades que Dios ponga en tu camino.

En palabras llanas, la gracia de Dios siempre está en marcha — se mueve hacia adelante, extendiendo su Reino, impulsando a su gente hacia el amor y el servicio a los demás. Conforme vamos aprendiendo a vivir a la luz del Evangelio, la misión debería ser el “desbordamiento” natural. La gracia de Dios produce una renovación interna (en nosotros) de tal manera que causa una renovación externa (a través de nosotros).

Lección 7

EJERCICIO

Llegando al Corazón de la Misión

EXAMINANDO TU CORAZÓN PARA LA MISIÓN

1. Identifica una oportunidad misional en tu vida para la cual no estás motivado a hacer lo que “deberías” hacer. Aquí tenemos algunas áreas para empezar a pensar: mostrar hospitalidad a tus vecinos; orar activamente y entablar conversación con tus compañeros de trabajo; compartir el Evangelio con algún miembro de tu familia; servir a alguien que está en la pobreza; dar generosamente; ser el líder espiritual como esposo(a) o como padre (o madre); defender una perspectiva bíblica sobre algún asunto en particular.

2. En esta situación en particular, ¿qué problemas obstaculizan tu corazón para tomar una acción correctamente motivada? Mientras oras y reflexionas sobre la raíz de tu inactividad, ¿qué es lo que disciernes? Sé tan específico y minucioso como puedas al identificar las cosas que te impiden expresar a los demás el amor centrado en el Evangelio.

3. Arrepentimiento: ¿Qué pecado puedes ver en ti mismo del cual necesitas arrepentirte? **Fe:** ¿Cuáles son las promesas o verdades específicas del Evangelio que no estás creyendo de todo corazón?

LECCIÓN

8

El Perdón

IDEA CENTRAL

El Evangelio que trabaja en nosotros siempre trabaja a través de nosotros. Muestra su poder en nuestras relaciones interpersonales y acciones. Una de las formas claves en que esto sucede es cuando perdonamos a otros bíblicamente.

Lección 8

ARTÍCULO

El Evangelio nos Da Poder para Perdonar

Perdonar a la gente que nos ha lastimado es una de las cosas más difíciles de hacer en la vida. Y mientras más profunda es la herida, mayor es el reto. Frecuentemente nos sentimos confundidos por lo que el verdadero perdón debería ser. ¿Debemos “perdonar y olvidar”? ¿Es posible hacer eso? ¿Qué es exactamente lo que significa “amar a nuestros enemigos”? ¿Qué de la persona que abusó de mí sexualmente? ¿O del jefe que salió adelante en su carrera a mis expensas? ¿O de mi esposo(a) que me engañó? ¿O del amigo que habló de mí a mis espaldas y dañó mi reputación?

Hemos visto que cuando el Evangelio realmente penetra *en* nosotros, empieza a trabajar *a través de* nosotros. El perdón es un área donde el Evangelio “tiene que trabajar” en nuestras vidas. De hecho, perdonar a otros no es posible a menos que estemos viviendo a la luz del perdón de Dios en nosotros. Así que consideremos cómo el Evangelio nos compele hacia el perdón.

El Evangelio empieza con Dios alcanzándonos. Dios toma la iniciativa, aunque sea la parte ofendida. Él actuó para reconciliarnos en esta relación cuando aún éramos sus enemigos (Romanos 5:10). Nuestro pecado nos había separado de Él (Isaías 59:2). Él tenía todo el derecho de condenarnos, resistirnos y romper la relación, pero no lo hizo. En lugar de ello, nos alcanzó: “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Sin embargo, la reconciliación con Dios requiere de nuestro arrepentimiento. Al perdonar nuestro pecado, Dios extiende el *ofrecimiento* de la reconciliación, pero la reconciliación no está completa hasta que nos arrepentimos y recibimos su perdón por fe. Nota cómo ambas dinámicas se reflejan en 2 Corintios 5:19-20: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en el nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en el nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.”

La Escritura le da todo el crédito, la gloria y la alabanza a Dios por nuestra salvación, porque es sólo por su buena iniciativa que somos capaces de responder (Efesios 2:8-9). Pero nuestra respuesta de arrepentimiento y fe es esencial. La salvación no es universal. Sólo aquellos quienes se arrepienten y reciben el buen ofrecimiento de Dios serán reconciliados con Él.

Así que podríamos resumir el perdón de Dios de esta manera: Alcanzándonos, Dios nos invita y nos capacita para alcanzarlo. El Evangelio inicia con Dios (la parte ofendida) alcanzándonos a nosotros (los ofensores). Él cancela nuestra deuda y abre una oportunidad de reconciliación. Si reconocemos nuestro pecado y nos arrepentimos, somos reconciliados con Dios y podemos experimentar el gozo y el deleite de nuestra relación con Él.

¿Qué significa, entonces, que podemos perdonar a otros como Dios nos ha perdonado? Después de todo, esto es lo que la Biblia nos manda: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32). La Escritura asume que si verdaderamente hemos experimentado el perdón en el Evangelio, estaremos radicalmente perdonando a los demás. En contraste, el no perdonar, o el tener resentimiento o amargura hacia los demás, es un rasgo certero de que no estamos viviendo del gozo profundo y de la libertad del Evangelio.

El perdón que otorgamos a otros es el reflejo del perdón que Dios nos ha dado. Tenemos que tomar la iniciativa: “Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda” (Mateo 5:23-24). Debemos ofrecer el perdón y abrir la puerta para la reconciliación. Pero la reconciliación depende siempre del arrepentimiento de la otra persona. El autor y consejero cristiano Dan Allender ha sugerido una útil analogía: “El perdón involucra un corazón que cancela la deuda pero no presta más dinero hasta que se lleva a cabo el arrepentimiento”. Como Dios, nosotros tomamos la iniciativa para acercarnos a aquellos quienes nos han ofendido y les invitamos a acercarse a nosotros en arrepentimiento.

Lo que esto significa es que nuestro trabajo no concluye una vez que hemos perdonado a alguien. El deseo de nuestro corazón no es simplemente perdonar la ofensa; es, en última instancia, ver a la otra persona reconciliada con Dios y con nosotros. Queremos ver destruido el poder del pecado sobre la persona. Nosotros no podemos hacer que esto suceda, pero sí podemos orar por ello, anhelarlo, y acogerlo. ¿Dónde encontramos el poder para hacer esto? Después de todo, el solo hecho de perdonar a alguien que nos ha herido profundamente es lo suficientemente difícil. ¿Cómo encontramos la gracia y la fuerza para anhelar la restauración?

Evidentemente la respuesta es el Evangelio. El Evangelio no sólo nos muestra cómo perdonar, también nos imparte el poder para perdonar.

Cuando decimos, “No puedo perdonar a esta persona por lo que me hizo”, estamos esencialmente diciendo, “El pecado de esa persona es más grande que el mío”. La conciencia que tenemos de nuestro propio pecado es muy pequeña, mientras que la conciencia que tenemos del pecado de otros es enorme. Nuestro sentimiento más profundo es que *nosotros* sí merecemos ser perdonados, pero la persona que nos ha ofendido no. Estamos viviendo con una perspectiva estrecha de la santidad de

* Dr. Dan B. Allender y Dr. Trempler Longman III, *Bold Love* (Colorado Springs: NavPress, 1992), p. 162.

Dios, con una perspectiva estrecha de nuestro propio pecado, y con una perspectiva estrecha de la Cruz de Jesús.

Pero cuando abrazamos la perspectiva del Evangelio de nuestro propio pecado, reconocemos que la deuda del pecado que Dios nos ha perdonado es más grande que cualquier pecado que ha sido cometido en contra nuestra. Y conforme vamos creciendo en nuestra conciencia de la santidad de Dios, empezamos a ver más claramente la distancia entre Su perfección y nuestra imperfección. Mientras el significado de la obra de Jesús en la Cruz crece en nuestras conciencias, nuestra voluntad y habilidad por buscar la restauración con otras personas también crecerá. Después de todo, si Dios perdona la ofensa masiva de nuestro pecado, ¿cómo es que no podemos perdonar el pecado de otros – el cual, aunque severo, palidece en comparación con nuestra propia culpa delante de un Dios santo y justo?

El perdón es costoso. Significa cancelar una deuda cuando sentimos que tenemos todo el derecho de reclamar un pago. Significa absorber el dolor, el daño, la vergüenza y la aflicción del pecado de alguien sobre nosotros. Significa anhelar el arrepentimiento y la restauración. Pero así es exactamente como Dios ha actuado para con nosotros en Jesucristo. Y a través del Evangelio, el Espíritu Santo nos da poder para hacer lo mismo con otros.

Lección 8

EJERCICIO

Llegando al Corazón del Perdón

DEBERES

(Responde las siguientes preguntas antes de la próxima reunión. Necesitarás otra hoja de papel para contestar por escrito.)

1. Piensa en una o dos personas a quienes necesitas perdonar (o perdonar más profundamente). Si no puedes pensar en alguien, pídele a Dios que traiga a tu memoria un nombre. Estos son algunos escenarios y sentimientos que pueden ayudarte: una persona de la que te has distanciado, gente con quien te sientes incómodo, gente de quien ya no disfrutas de su compañía, conflictos relacionales que mantienes vivos en tu memoria, alguien que dijo o hizo algo que te hirió; sentimientos de enojo, amargura, irritación, temor o chisme, o un espíritu crítico.

Escribe uno o dos nombres de personas que vienen a tu mente.

2. ¿Qué es lo que más te irrita o te perturba de esa persona?
3. ¿Qué situaciones de “justicia” existen en esta situación? ¿Qué mal te ha hecho esta persona, cómo te ha lastimado o cómo ha pecado contra ti?
4. ¿Qué condiciones le pones instintivamente a esta persona para que puedas verdaderamente perdonarla? En otras palabras, ¿qué es lo que

tu corazón exige de esta persona antes de liberarla de su culpa? ¿Qué te gustaría que esta persona dijera o hiciera?

5. Describe tu propia deuda delante de Dios. ¿Cómo es tu deuda mayor que la deuda de las personas que has enlistado (y aun así ha sido cancelada y perdonada)? No te apresures a contestar esta pregunta. Toma tu tiempo para describir tu endeudamiento según las formas específicas en que el pecado se manifiesta en tu vida.

6. ¿Cómo es que la forma de relacionarte con estas personas refleja una perspectiva estrecha de tu propia deuda con Dios y una perspectiva estrecha del perdón de Cristo?

LECCIÓN

9

El Conflicto

IDEA CENTRAL

El conflicto es algo que todos experimentamos con regularidad, pero frecuentemente lo manejamos de formas muy carnales. El Evangelio nos da un patrón y un método para la resolución saludable de conflictos.

Lección 9

ARTÍCULO

El Evangelio nos Ayuda a Luchar con Justicia

Hemos visto que el Evangelio nos renueva internamente, y también nos impulsa hacia afuera para renovar nuestras relaciones interpersonales. Nada es más común entre las relaciones interpersonales que el conflicto. Si el Evangelio no está influyendo en la manera en que manejamos el conflicto, ¡es muy probable que no haya calado demasiado hondo! En este artículo consideraremos cómo el Evangelio nos ayuda a luchar con justicia.

Piensa en una discusión que hayas tenido recientemente con tu esposo(a), un miembro de la familia, o un compañero de trabajo. Ahora, echa a un lado las circunstancias de la discusión (la razón por la que se dio, cómo te hizo sentir, quién tenía la razón y quién no) y toma unos minutos para reflexionar sobre tus acciones durante el conflicto. Seguramente tu comportamiento encaja en una de dos categorías.

Algunas personas son **atacantes**. Les gusta estar a la ofensiva. Le dan un alto valor a la justicia, así que les importa mucho quién tiene la razón y quién no. Esta es una lista de características que puede indicarte si tienes el perfil de un atacante:

- Le das rienda suelta a tu enojo o frustración.
- Argumentas tu caso apasionadamente.

- Formulas preguntas como “¿Y tú cómo sabes?” o “¿Puedes comprobarlo?”
- Quieres seguir discutiendo hasta el final.
- Examinas las cosas en detalle como un abogado para llegar a la raíz del conflicto.
- Ganar la batalla es más importante que amar al oponente.
- Diriges la discusión para enfocarte en la otra persona, aunque tú hayas sido el punto de inicio.

Al otro extremo del espectro tenemos a los **que se retiran**. Las personas con esta tendencia son propensas a estar a la defensiva. Suelen ignorar o evitar el conflicto y, cuando bajo presión se hallan en medio de una discusión, responden con un silencio malhumorado o con una pasividad apática. Si eres de los que se retiran, quizás reconozcas algunos de estos patrones:

- Tu forma de lidiar con el enojo o la frustración es oprimiéndola.
- Tienes tus opiniones pero te las guardas a fin de “mantener la paz”.
- Haces preguntas como “¿Tenemos que hablar de esto ahora?” y “¿Tanto importa?”
- Prefieres evitar una discusión antes que ganarla.
- Cuando te encuentras en medio de una discusión, literalmente tienes que alejarte porque “necesitas tu espacio”.

Estas son formas típicas en que respondemos al desacuerdo, la frustración, la ofensa y el daño. El hecho de que estas respuestas se consideran “normales” (o naturales) es una clave que indica que no son bíblicas (o sobrenaturales).

Entonces, ¿cómo resolvemos los conflictos de una manera bíblica? Veamos el desacuerdo que tuvieron Pablo y Pedro en Gálatas 2. Esta discusión surgió mientras la iglesia primitiva se expandía más allá de Jerusalén y muchos gentiles se convertían a la fe en Jesús. Los judíos cristianos importaron algunas de sus prácticas tradicionales a la adoración de Jesús. Los gentiles, por otro lado, no tenían lealtad a las costumbres judías, tales como la circuncisión o las reglas dietéticas.

Pedro, un judío, entendió el Evangelio lo suficientemente bien como para aceptar sin reservas a los nuevos creyentes gentiles (Hechos 10:9-48). Pero su aplicación del Evangelio fue probada cuando se encontró entre una mezcla de personas. Algunos maestros judíos legalistas habían empezado a imponer leyes y costumbres judías a los gentiles convertidos. En cierta ocasión Pedro estaba en Antioquía comiendo en compañía de los gentiles, y al llegar estos maestros legalistas, Pedro empezó a aislarse de los gentiles.

Los intentos de Pedro por apaciguar a los judíos legalistas agravaron el problema porque indicaban que estaba de acuerdo con sus creencias. Incluso al final Bernabé se unió a la causa de Pedro. Los dos hombres cayeron en la hipocresía profesando ser uno con los gentiles en Cristo y actuando de maneras que destruían esa unidad.

Mientras Pablo observaba este comportamiento, sabía que no podía ignorar ni retirarse de la situación. Estaba en juego algo muy valioso. Pero también tenía que abordarlo de manera correcta. Enfadarse sobremedida no traería la clase de reconciliación que él quería. Aunque este pasaje no nos brinda todos los detalles, la descripción de la interacción entre Pablo y Pedro es un buen ejemplo de cómo abordar el conflicto centrados en el Evangelio:

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? (Gálatas 2:11-14)

Nota estos aspectos en las acciones de Pablo:

PABLO SE ACERCÓ A PEDRO PÚBLICAMENTE. No evitó encontrarse con Pedro, no chismeó sobre él ni intentó intimidarlo, sino que lo confrontó. Pablo fue directamente con la persona con quien tenía el conflicto. En este caso la confrontación fue hecha en público. Esto no es siempre necesario, pero puesto que en este caso el pecado era público y había tenido grandes consecuencias, Pablo se aseguró de que la confrontación fuese de acuerdo a la situación.

LAMOTIVACIÓNDEPABLO NO ERA DE AUTODEFENSA O DE INTERESES EGOÍSTAS, SINO DEFENDER EL EVANGELIO. “Vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del Evangelio” (Gálatas 2:14). La preocupación de Pablo por el Evangelio y las relaciones interpersonales en el cuerpo de la iglesia pesaron más que la tentación de atacar o retirarse.

PABLO PRESENTÓ EL ASUNTO CLARAMENTE Y DIO PIE A QUE PEDRO RESPONDIERE. “Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?” (Gálatas 2:14).

Esta clase de confrontación centrada en el Evangelio refleja cómo Dios se acerca a nosotros. Dios no dejó caer su ira sobre nosotros (atacar) ni se alejó de nosotros (retirarse). En lugar de ello, en sacrificio vino hacia nosotros en la persona de Jesús, lleno de gracia y de verdad. Jesús confrontó el pecado, nos invitó a tener una relación personal con Él, y proveyó una forma de reconciliación. Así que el Evangelio nos provee del patrón bíblico para la resolución de conflictos. Tenemos una motivación adecuada (amor), confianza (fe), y medios para resolver el conflicto (gracia y verdad).

El Evangelio nos llama a arrepentirnos de nuestros patrones pecaminosos de ataque o retirada. Y el Evangelio nos da poder para resolver el conflicto en fe, con una intención humilde y de confianza que glorifica a Dios. Podemos renunciar a la forma “normal” de tomar cartas en el asunto, y actuar de acuerdo al Evangelio.

Lección 9

EJERCICIO

La Resolución de Conflictos Centrada en el Evangelio

El siguiente recuadro resume las diferencias entre atacar y retirarse, contrastándolas con el enfoque centrado en el Evangelio para la resolución de conflictos. No todo lo del recuadro se aplica a todas las personas ni a todos los conflictos, así que es mejor enfocarse en las descripciones que son relevantes y pertinentes para tu caso personal. La meta es ayudarte a identificar cuál es la raíz de los patrones de conflicto no saludables en tu vida y proveer un camino claro hacia la resolución bíblica.

ASPECTO	ATACAR	RETIRARSE	EVANGELIO
FUNDAMENTO DEL CORAZÓN	Autojusticia	Inseguridad	Arrepentimiento, perdón
FUENTE DE PODER	La carne, el orgullo	La carne, el temor	El Espíritu Santo
COMPROMISO	Tener la razón	Evitar el conflicto	Entender y abordar
DIRECCIÓN	Argumentar o dominar	Negar o aplacar	Transmitir e invitar
SENTIMIENTO	La vida es segura	La vida es menos dolorosa	La vida es un reto
META	Autoprotección	“Paz”	La gloria de Dios, el bien de otros
RESULTADO	Dolor, división	Amargura, separación	Sanidad, reconciliación

¿Cómo sueles reaccionar ante el conflicto – tiendes hacia el ataque o hacia la retirada? ¿Con cuál de las descripciones del recuadro te identificas?

UN ENFOQUE AL CONFLICTO CENTRADO EN EL EVANGELIO

A continuación explicaremos en términos generales el proceso para abordar el conflicto de una manera centrada en el Evangelio. Cada aspecto está enlistado, junto con algunas preguntas que te ayudarán a evaluar tus tendencias en esa área. Quizás recordarás experiencias pasadas, o incluso un conflicto actual. Recuerda que la meta es reconocer los patrones no saludables de tu vida y practicar más efectivamente el Evangelio.

1. EL FUNDAMENTO DEL CORAZÓN: Identifica tu tendencia ya sea hacia la autojusticia o hacia la inseguridad.

¿Eres propenso a estar a la defensiva, o culpar a otros, o pensar que tú tienes la razón (autojusticia)? ¿Tiendes a albergar el enojo o el chisme, o cubres las cosas con tal de evitar la confrontación (inseguridad)? Confiesa estas cosas como pecado a Dios y a los que están involucrados en la situación.

2. FUENTE DE PODER: Reconoce qué es lo que te lleva a atacar o a retirarte. ¿Estás preocupado por quedar mal, por equivocarte, por romper la paz, por la desaprobación de otros, etc.? En fe, afirma tu confianza en el poder del Espíritu Santo para liberarte de esos pecados de orgullo y temor.

3. COMPROMISO: Ponte en contacto con aquellos con quienes necesitas reconciliarte. Para ayudarte en este punto, identifica qué es lo que tiendes a buscar en lugar de solucionar el conflicto (¿tener la razón, sentirte “seguro”, estar cómodo?). Rechaza estos elementos como falsos y destructivos.

4. DIRECCIÓN: Al contactar y acercarte a la persona con la que tienes el conflicto, habla honesta y respetuosamente sobre tus sentimientos y pensamientos, e invita a la otra parte a hacer lo mismo. ¿Os entendéis mutuamente? ¿Qué es lo que usualmente se interpone para darte a entender y para comprender a la otra persona (enojo, argumentación, deshonestidad, timidez, suposiciones que haces sobre otros, etc.)?

5. SENTIMIENTO Y META: Hablad de lo que os costará a ambas partes resolver el conflicto. Especificad cuáles son los pasos que seguiréis para llegar a una resolución. Ora a Dios que Su voluntad sea hecha (Su gloria y el bienestar de ambos). Pídele que te dé la capacidad de pagar el precio para la resolución, agradeciéndole por pagar el precio supremo de muerte para resolver de raíz el conflicto fundamental de nuestra rebelión pecaminosa.

